

Se halla de venta en Cáceres, Centro
de suscripciones de *D. José del Pozo y*
Mateos, al precio de **UNA PESETA.**

D. PUBLIO HURTADO

Correspondiente de las Reales Academias
de la Historia y Bellas Artes
de San Fernando

INDIANOS CACEREÑOS

NOTAS BIOGRÁFICAS

DE LOS

Hijos de la Alta Extremadura

que sirvieron en América
durante el primer siglo de su conquista

ESCRITAS CON MOTIVO DEL

CUARTO CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO

BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

Arco del Teatro, núms. 21 y 23

1892

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

TS-2059

Donativo. —

INDIANOS CACEREÑOS

b 13760786
L 14338075

UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA



1 202000 330364

R/ 81761
B2

TS-2059

INDIANOS CACEREÑOS

NOTAS BIOGRÁFICAS

DE LOS

HIJOS DE LA ALTA EXTREMADURA

QUE SIRVIERON EN AMÉRICA

DURANTE EL PRIMER SIGLO DE SU CONQUISTA,

escritas con motivo del

• CUARTO CENTENARIO DE SU DESCUBRIMIENTO

POR

D. PUBLIO HURTADO

Correspondiente de las Reales Academias de la Historia
y Bellas Artes de San Fernando.



BARCELONA

TIPOLITOGRAFÍA DE LUIS TASSO

ARCO DEL TEATRO, NÚMS. 21 Y 23

1892



UNIVERSIDAD DE EXTREMADURA

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

REVISTA DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

1974

ES PROPIEDAD.

INDIANOS CACEREÑOS

I

No hay festivales tan dignos de loa como estos centenarios que han dado en celebrar los pueblos modernos en honor de sus más preclaros hijos, cuyas virtudes cívicas y privadas se ponen de relieve á las generaciones presentes, para que mirándose en ellas, mantengan vivo el sagrado recuerdo de sus héroes y de sus santos y procuren imitarlos. Y si justificadas y plausibles son tales apoteosis, es excepcional la que va á llevarse á cabo en honra de Colón, porque en ella se van á glorificar, no sólo las excelencias de tan eximio personaje, sino las no menores de una reina sin par y de tantos y tantos renombrados capitanes como los que siguiendo los derroteros abiertos por el insigne genovés, dieron á España, al par que inagotables tesoros, una extensión y poderío como no los tuvo nación alguna en aquel tiempo.

Corría la última década del siglo xv, y los reyes



de Castilla y Aragón, haciendo un esfuerzo supremo, acababan de poner término á la secular epopeya de la reconquista con la toma de Granada, paraíso de la morisma y ensueño terrenal de los artistas y poetas.

Desistido el monarca lusitano de las belicosas empresas que no há mucho acometiera para reivindicar sus discutidos derechos á la corona de San Fernando; aplastada por la poderosa mano de los católicos monarcas la hidra de las discordias civiles; y enhiesto sobre la torre de Comares el glorioso pendón de Castilla, el pueblo en general, penetrado de las extraordinarias dotes de mando con que Dios había adornado á sus reyes, abría su corazón á la esperanza de una paz duradera, — verdadero mito para cien generaciones de iberos, — que restañase tanta pérdida moral y material como había experimentado sin solución de continuidad por dilatados siglos.

Mas este anunciado bien no ofrecía grandes alicientes á los batalladores varones de aquel tiempo.

¿Cómo podrían hacerse á la vida agrícola, monótona y penosa en demasía, tras la bulliciosa y variada del campamento? ¿Qué lucro inmediato y suficiente podía prometerles la custodia y fomento de la ganadería, comparado con el que de un momento á otro les deparaba el botín del vencido enemigo ó el saqueo de una villa ó fortaleza? ¿De cuánta paciencia no tendrían que revestirse para acometer las manuales tareas del artesano, quienes acostumbrados á los violentos y bruscos modales de la soldadesca, cortaban, por no entretenerse en deshacer el nudo gordiano?

Por eso terminada la empresa y licenciadas las mesnadas que habían contribuido á llevarla á cabo,

los mil aventureros que habían tomado parte en aquella postrer etapa del nacional empeño, volvían á sus casas mal humorados y displicentes, recordando por mejores los pasados tiempos del rey D. Enrique, en los que todo se contemplaba á través de nubes de humo y de tornasoles de sangre.

Y sin embargo más de una vez se habían cruzado, al ir y venir por los reales granadinos y las antecámaras palaciegas, con la que podríamos llamar su Providencia, personificada en el modesto genovés que apesadumbrado, más que por su extremada penuria por la injusticia é ignorancia de los hombres, mendigaba audiencias de los monarcas de Castilla, para ofrecerles un mundo despreciado ya por otros reyes y magnates.

Mas ¿cómo confiar en las fantásticas promesas de un monomaniaco, cuyas aberraciones científicas, según decían, estaban de antemano desautorizadas por los santos y doctores de la Iglesia?

Pero Dios que vela siempre por las grandes causas, tocó el corazón de la reina castellana, y contra el parecer de los areópagos hispalense y salmantino, contra la frialdad del rey Fernando, que se resistía á invertir en empresa tan problemática las escasas doblas que tras contienda tan larga y costosa quedaban en las arcas reales, aquélla tomó por su cuenta el proyecto del asendereado extranjero, y ofreció para llevarlo á cabo sus joyas y diamantes.

II

Y llegó el 3 de agosto de 1492, y el alba sorprendió desierto el pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes se habían trasladado á la arenosa playa.

Un centenar de hombres con aprestos de guerra, estrechaba entre sus brazos á madres, hijas, esposas y hermanas, que entre lágrimas y sollozos les daban el postrer adiós, en la persuasión de no tornar á verlos, maldiciendo de callada al ignoto almirante que con tal tenacidad conducía á un sacrificio tan sin galardón como seguro á aquellos seres adorados.

Por fin llegó la hora designada, y las tres maltruchas caravelas, acometiendo la empresa más gigante que registraba la historia, levaron anclas, y bogando, bogando, se perdieron á la vista de la inmota y contristada muchedumbre, que no cesaba de agitar manos y pañuelos desde el húmedo estuario.

Pasaron días... traspasaron meses... y ¡ni una mala nueva de los intrépidos viajeros!

Mas si eran días de prueba para los que esperaban á pie firme, ¿cuántos de temor y de amargura no fueron para aquéllos?

El recuerdo del hogar que no volverían á ver, era su constante pesadilla.

Las promesas de Colón, que conseguían por el pronto disipar sus cuitas, en breve perdían su encanto ante la avasalladora realidad.

¡Agua y siempre agua!... Más allá, el inevitable cataclismo.

Varias veces quisieron inmolar al impertérito marino, único obstáculo á su retorno á la abandonada patria; mas éste, que adivinaba el peligro, recurría á su persuasiva elocuencia y á la superioridad de su genio para conjurarlo.

Y comunicándose de continuo con la ciencia en sus cartas y con Dios en sus oraciones; velando de noche y reanimando á la tripulación durante el día; luchando con las imponentes bravuras del Océano, falto de víveres y hasta burlado por la brújula, no dejaba de sentir un solo instante en su alma la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad.

Por fin en la madrugada del 12 de octubre el grito de ¡tierra! lanzado desde la *Pinta*, después de estremecer de júbilo el pecho de los expedicionarios, vino rodando por la inmensa planicie de los mares á espirar en las costas españolas, y á vindicar á Colón de las punzantes diatribas de sus detractores, dando patente de sabio sobre los sabios al afrentado loco.

Los recelos y pesadumbres que la contrariada empresa había concitado contra sí, tornáronse de

súbito en un sentimiento general de admiración hacia el errante geógrafo, — más grande cuanto menos comprendido, — que al implantar el estandarte de Castilla en aquel mundo ignorado, no sólo abría un campo inmenso á la religión, á la ciencia y á las artes, sino que llevaba á cabo la tarea, más árdua aun, de completar el globo.

Mas para quien aquel grito fué el *eureka* cabalístico, el *fiat lux* de la creación, fué para aquellos matachines y perdonavidas á que antes hemos aludido, que después de la contienda musulmana, sin rencillas señoriales en que tomar parte, ni parcialidades concejiles en que inmiscuirse, despojados de las manoplas, desencajado el gorjal, y flojos los codales y brafóneras, bostezaban de hambre y de fastidio en el rincón de sus destartalados caserones ó en los escaños de los báquicos tugurios.

Correr á aquel regazo privilegiado de la creación, en donde los rayos del sol eran más brillantes, la atmósfera más trasparente, las ondas marinas más claras y sonoras, más vivos los colores, más perfumado el ambiente y más puras y armoniosas todas las manifestaciones vivas de la naturaleza: partir á aquel paraíso en donde el Sumo Hacedor había hecho, como en ningún otro, gala de su grandeza y poderío, esparciendo en él inconmensurables cordilleras, anchurosos é insondables ríos, asombrosas cataratas, terroríficos volcanes, y árboles gigantescos que elevando la copa hasta las nubes, parecían las columnas del firmamento; correr repetimos, á aquella Jauja virgen, donde, como dice el cantor de *Atala*, «no había viejo más que los bosques hijos de la tierra y la libertad madre de toda sociedad humana...» redondear en cuatro días una fortuna superior á las mayores de las co-

nocidas en el viejo continente... ¡dormirse Diógenes para despertar Cresos, era cosa asaz factible!

Porque allí, según contaban los exploradores, el oro puro, reventando en las entrañas de la tierra, se ofrecía á la avaricia escrutadora de los advenedizos en filones inagotables.

Y despoblándose las ciudades al par de las aldeas, allá acudió la cuarta parte de los españoles, primero los soldados, y tras ellos los menestrales, gargoteros y campesinos, todos hidrónicos de riquezas.

Pronto volvieron algunos poderosos, que establecieron grandes casas y fundaron pingües mayorazgos, realizado el general ensueño.

Pero ¿cuántos no volvieron?... ¿Cuántos lanzados al insondable fondo del Océano por el airado genio de la tempestad, fueron pasto de los voraces tiburones? ¿Cuántos extenuados de hambre y de fatiga, ó heridos por los dardos emponzoñados de los indígenas, sucumbieron al cruzar aquellas selvas sin fin y aquellas montañas escarpadas, sirviendo sus despojos de opiparo festín á los carnívoros cuguares ó á los fétidos catartos?

¡Esos no se contaban!

El incentivo de los pocos *indianos* que se reintegraban ricos á la madre patria, era suficiente para mantener abierta la válvula de la emigración.

III

Si general fué el movimiento de expatriación hacia el Nuevo Continente, ninguna región peninsular envió á América más hijos que las provincias extremeñas, durante el primer siglo de descubrimientos y conquistas.

Verdad es que tampoco había otra alguna en condiciones tan favorables é incitadoras para ello.

Como en las comarcas extremeñas era en donde más había tardado en apagarse la siniestra tea de la guerra civil, en ellas era también en donde había quedado, como reliquias de esas nefastas sacudidas sociales, mayor número de aquellos bohemios de la milicia, inservibles para todo lo que no fuese ganarse la vida á cintarazos.

Propicios siempre á volar adonde quiera que hubiese ruido y esperanzas de botín, ¿quién hubiera osado detenerlos camino del Nuevo Mundo?

Y como por otra parte los principales conquis-

tadores de tan extensos dominios, eran hijos de Extremadura, allá acudieron los deudos, amigos y paisanos en bandadas numerosas, procurando medros á su arrimo.

Hernán Cortés, conquistador de Méjico, era natural de Medellín; Francisco Pizarro, conquistador del Perú, de Trujillo; Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Océano Pacífico, de Jerez de los Caballeros; Juan Núñez de Prado, conquistador de Tucumán, de Badajoz; Francisco Montejo, descubridor de la isla de Cozumel y conquistador de Yucatán, de Brozas; Pedro de Valdivia, conquistador y capitán general de Chile, de Villanueva de la Serena; Pedro de Alvarado, conquistador y adelantado de las provincias de Guatemala y Soconusco, de Lobón (1); Hernando de Soto, adelantado y conquistador de la Florida, de Barcarrota; Juan de Maraver y Silva, conquistador y poblador de la Nueva Extremadura, de Jerez de los Caballeros... Y como con ellos ó al par de ellos los Sandovalés, Portocarreros, Tapias, Hinojosas, Chaves, Rangeles, Orellanas, Holguines, Moscosos, Tordoyas, y tantos otros renombrados capitanes, partieron á las decantadas Indias, no es mucho que arrastraran tras si á la mayor parte de la juventud extremeña.

Tarea ímproba, si no insuperable, sería el enumerar todos los adalides, hombres de administración y dignidades eclesiásticas que de las dos provincias partieron á la virgen América; mas habiendo, como indudablemente habrá, quien tome á su cargo la relación de los hijos de la de Badajoz

(1) Algunos le dan por patria á Badajoz.

que fueron á enaltecer en aquélla el nombre patrio, me limitaré en este corto trabajo á dar breve razón de algunos de los hijos de la de Cáceres que marcharon allá á hacer carrera y á labrar fortuna.

Tales son:



IV

Frey D. Nicolás de Ovando, natural de Brozas.

Hijo de ilustre familia cacereña, aunque nacido por accidente en Brozas, obtuvo desde bien joven, con el hábito de la orden militar de Alcántara, la encomienda de Lares y después la mayor de la orden.

Frecuentando la corte, en donde su padre tenía mucha y legítima influencia, fué conocido y tratado por los monarcas, que lo nombraron individuo de la servidumbre del príncipe D. Juan; y de tal modo se portó en el desempeño de su cargo, que los reyes lo distinguieron más y más cada día, llegando á formar elevado concepto de su sagacidad y prudencia.

Para remediar la desastrosa administración de Francisco de Bobadilla en la isla Española, capital entonces de todas las posesiones ultramarinas de

Occidente, pusieron los monarcas sus ojos en Ovando, al que confirieron el gobierno y capitanía general de la isla.

Embarcóse el agraciado en 13 de febrero de 1502, y comandando la más lucida escuadra que había zarpado hasta entonces de los puertos españoles para América, partió para su insula, en compañía de buen número de hidalgos y hombres de armas de las comarcas extremeñas.

A poco de posesionarse de su gobierno, tuvo noticias de que en la provincia de Jaragua se tramaba por los indígenas una conspiración contra los españoles.

Encaminóse á ella y convocó á los caciques á una fiesta. Ellos confiados en demasía ó inocentes de la maldad que se les imputaba, acudieron á la invitación. Ya reunidos, Ovando hizo una señal convenida previamente con los suyos, y acometidos de improviso los inermes convidados, fueron unos pasados á cuchillo, y otros churruscados vivos en una inmensa hoguera.

Sólo se libró por el pronto de la muerte la reina Anacaona, mujer de excepcionales prendas tanto físicas como intelectuales.

Pero de retorno en Santo Domingo, se la sometió á un proceso sumarísimo, más *pro formula* que para desentrañar la delincuencia de la haitiana, y se la condenó á ser ahorcada.

¡Y el tutelar penate lloró en el rincón más apartado del hogar el infamante suplicio de su egregia protegida!

Sospéchase que razones de Estado, tan contrarias á veces á todo sentimiento humanitario, obligaron á D. Nicolás á inmolar á aquella mujer, tipo de generosidad y aun de caridad para los mismos

españoles, á pesar de deber á uno de ellos la deshonra de su preciosa hija Higuamota.

Mas la musa popular, intérprete libérrimo de la conciencia de los pueblos, se encargó de vindicarla de tal afrenta, y en el drama, en la leyenda, en el romance, ha cantado enternecida por muchas generaciones, no su delito sino su martirio.

Tras la provincia de Jaragua, sometió la de Higüey, cuyo cacique Cotabanamá fué también ahorcado.

Pacificada así la isla, encauzó su administración con tal integridad, que para volver á España, al cabo de siete años de gobierno, tuvo necesidad de pedir quinientos pesos prestados.

Fundó las ciudades y villas de Verapaz, Buenaventura, San Juan de la Maguana, Puerto de Plata, Puerto Real y otras varias, hasta el número de once.

Por último es de anotar, que patrocinó y de su gobierno partieron á la conquista de islas y tierra firme, los célebres capitanes Juan de Esquivel, Diego Mesia, Juan de Grijalva, Diego Velázquez, Vasco Núñez de Balboa, Diego de Nicuesa, Juan Ponce de León, Alonso de Ojeda, Francisco de Garay, y el nunca bien ponderado Hernán Cortés, su deudo y protegido.

*
*
*

Francisco Pizarro, de Trujillo.

De todas las biografías comprendidas en la presente colección, la de este caudillo tiene que ser la más concisa é incompleta. Escribirla con la suma de detalles conocidos de la generalidad, equivaldría á historiar la conquista, no sólo del Perú, sino de gran parte del Nuevo Continente.

Su procedencia fué tan oscura é ilegítima, como brillantes y merecidos fueron los triunfos alcanzados en el trascurso de su vida.

La tradición cuéntalo porquero en sus primeros años; y quizás tan bajo oficio le enajenó toda protección, cuando en la carrera de las armas buscó á su existencia más amplios horizontes.

De aquí que con una persistencia inquebrantable batallase catorce años en los territorios recién descubiertos, al mando de varios capitanes, sin conseguir *ser algo*, y sin que su nombre trascendiese fuera del círculo de sus compañeros de pelea.

En las expediciones de Alonso de Ojeda y de Vasco Núñez de Balboa, adquirió ya alguna fama de perito militar, que subió de punto cuando después, al servicio de Pedrarias Dávila, gobernador de Panamá (cuyo territorio le ayudó á reducir y poblar), fué enviado por éste, en calidad de capitán y á las órdenes del licenciado Espinosa (1519), á la conquista de las provincias de Paria, Nata y Cherú.

Con alientos y ambición sobrados para dirigir una expedición como jefe y lograr la gloria que habían alcanzado otros muchos, se asoció con dos aventureros de su temple, Diego de Almagro y Hernando de Luque, militar aquél y clérigo éste, que en punto á ambición y denuedo no le cedían la palma.

Recabado el consentimiento de Pedrarias para la empresa, proporcionados por Luque los fondos necesarios, y pertrechados dos pequeños navíos, partió con ellos Pizarro en noviembre de 1524 hacia la América del Sur.

Son indescriptibles los sufrimientos y privaciones soportados en este viaje. Las enfermedades

mermaban la tripulación, y los reconocimientos que se llevaban á cabo en las costas, no respondían á las esperanzas de los aventureros. *Puerto del Hambre, Pueblo quemado* y otros nombres análogos puestos á los sitios recorridos, expresan gráficamente el éxito y penalidades de aquella empresa exploradora.

En 1526 volvieron á las andadas, sin experimentar más que nuevas decepciones y calamidades.

Y fueron de tal bulto, que enfurecido el gobernador de Panamá D. Pedro de los Ríos, sucesor de Pedrarias, envió un oficial á la isla del Gallo, en donde los expedicionarios se encontraban en situación desesperada, para que recogiese y condujese á Panamá á los que aun conservasen la existencia.

¡Qué trance para Pizarro!

La alegría con que los soldados recibieron la llegada de los dos buques encargados de rescatarlos de las garras de la muerte, le predijo la soledad en que iba á quedar, si no se decidía también á volver á la capital del istmo.

Pero ¿cómo cerrar los oídos á la voz del presentimiento, sirena arrulladora que en el fondo del alma le anunciaba su grandioso destino?

En un arranque decisivo tira de la daga, y trazando en el suelo una línea de Este á Oeste, dice á sus compañeros, como inspirado por el genio tutelar de los grandes acontecimientos:

—Amigos y camaradas: esta parte es la de la muerte, los trabajos, las hambres, la desnudez y el desamparo: la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres: por allí al Perú á ser ricos. Escoja cada cual lo que más bien le estuviere.

Sólo trece de los presentes salvaron tras él la raya, y base tan exigua fué suficiente, merced á su intrepidez y diligencia, para cimentar el edificio de su gloria.

Después de tantear la costa con algunos refuerzos enviados por sus consocios, determinó venir á España á exponer á los reyes lo que se prometía en aquellas latitudes, dadas las noticias recogidas de los mismos naturales; y sobre todo á pedir que se le desligara de toda dependencia del gobierno de Panamá, en donde no encontraba más que rémoras y obstáculos para sus proyectos.

Su demanda fué bien atendida. Además de autorizarle para que prosiguiese sus descubrimientos y conquistas en una extensión de 200 leguas al Sur de Panamá, los reyes le nombraron adelantado, gobernador y capitán general de aquellos territorios (1529).

Antes de hacerse á la vela, pasó desde la corte á Trujillo á alistar capitanes y soldados; y... ¡quién sabe! quizá á satisfacer á la vez una sugestión de la humana vanidad, de aparecer grande donde otro tiempo fué despreciado por pigmeo.

Y fué allá con nuevos y mayores elementos, y sojuzgó el magnífico imperio del Cuzco, y ensanchó los dominios españoles, y remitió á las arcas de Castilla riquezas sin cuento; y todo á fuerza de desvelos y perseverancia, en medio del borrascoso oleaje de miserias de que se vió constantemente combatido.

¿Su carácter?... Es difícil describirlo en una pincelada. Las conveniencias políticas, el interés individual y sus naturales instintos, no modificados por una esmerada educación, dieron á sus determinaciones los tonos más variados y antitéticos.

A veces fué cruel, á veces compasivo. Noble y generoso en ocasiones, mostrábase en otras rastroso y codicioso. Con la misma mano premiaba una acción heroica, que un oficio bajo y vergonzoso; y á rasgos de franqueza y magnanimidad, mezclaba destellos de doblez y de perfidia con vivos de traición...

Además de los cargos mencionados, los monarcas castellanos le asignaron sueldos fabulosos y propiedades territoriales y mineras de suma consideración; otorgándole por último los títulos de marqués de Atabillos y de las Charcas.

Conquistado el Perú, procuró poblar su extenso perímetro, y al efecto fundó, entre otras, las ciudades de los Reyes (hoy Lima) San Miguel de Piura, Trujillo y Arequipa.

Y murió asesinado.

Habiendo él acordado ó consentido la muerte de su antiguo camarada Diego de Almagro, por causa de rivalidad y enemiga personal existente entre ambos hacía tiempo, el hijo del muerto se conjuró con otros descontentos y con los soldados afectos á su padre, y asaltando el palacio del marqués el domingo 26 de junio de 1551, cuando Pizarro estaba comiendo, lo cosieron á estocadas.

*
**

Hernando Pizarro, de Trujillo.

Hermano mayor del anterior y el único de esta familia nacido de legítimo matrimonio.

Más instruido y cortesano que aquél, aunque de sentimientos menos elevados y generosos, era el prototipo de la ambición, el orgullo y la altanería.

Desconoció á su hermano mientras fué porquero ó soldado. Se asoció á él y se vanaglorió del lazo fraternal que los unía, cuando nombrado éste capitán general de la América del Sur, llegó á Trujillo á reclutar hombres de armas.

Antes de pasar al Nuevo Mundo, había servido en Italia á las órdenes del Gran Capitán; y si en parte su carácter envidioso acarreó á su hermano más de un conflicto, y precipitó el rompimiento de éste con Diego de Almagro, no dejó de valerle en otras ocasiones, porque como militar era valiente y estratégico cual pocos.

Con un puñado de soldados se arrestó á ocupar la ciudad de Pachacamac, Meca de los peruanos, entrando á vista de éstos en el templo del Sol, derribando del delubro y haciendo pedazos el venerado ídolo y despolijando el santuario de más de 700 planchas de oro que tapizaban sus paredes.

Y tan aficionado quedó á aligerar los teocalis peruanos de tan pesados y monótonos ornamentos, que repitió su desinteresada limpia en los de Tambo, Vilcas, Tacunga y Tomebamba.

Muerto el inca Atahualpa, su hermano el general lo comisionó para que trajese á España el quinto que de las riquezas recogidas correspondía á la corona.

En Calatayud, donde encontró á Carlos V (1534) produjeron verdadero asombro el sinnúmero de barras de oro, vasos, lámparas, collares y diversidad de alhajas que Hernando mostró al emperador y sus cortesanos, amén de medio millón de pesos de oro con que reanimó la precaria existencia del anémico Fisco.

Grandes mercedes le hizo el monarca, así como á sus hermanos y demás esforzados capitanes que

allende el mar batallaban por el engrandecimiento y esplendor de su corona.

A él le dió el hábito de Santiago; y á la cabeza de una numerosa flota, hizo rumbo de nuevo á las Indias Occidentales.

Llegado al Perú, su hermano Francisco,—que siempre lo respetó, tanto por ser mayor de edad cuanto por su superioridad intelectual,—depositó en sus manos las riendas de aquel complicado gobierno, para dedicarse, libre de tales cuidados, á proseguir sus conquistas.

Y no sólo puso á su devoción los asuntos públicos, sino al inca Manco Capac, á quien había hecho prisionero.

Mas como la codicia no puede luchar mucho tiempo con la astucia, y aquélla se había enseñoreado en absoluto del espíritu del santiagués, el noble prisionero, que era inteligente y ladino como pocos, descubrió pronto el flaco de su guardador cuya confianza había logrado captarse.

En dos ocasiones le había indicado sitios donde se había guardado oro, y acudiendo á ellos solícito Pizarro, no vió burladas sus pesquisas.

Con esto apremiaba más y más al cautivo cada día, por suponerlo enterado de todo el oro escondido en el dilatado imperio.

Y como estos hallazgos eran furtivos, no había por qué segregarse de ellos parte alguna, ni para los demás conquistadores ni para la corona, exclusiva que constituía el mayor atractivo para Hernando.

—Si has de guardar el sigilo,—dijole Manco un día,—yo te llevaré á un lugar en donde yace soterrada la estatua de oro macizo de mi padre el gran Huayna Capac.



—¿Lejos de aquí? preguntó el avariento gobernador.

—En las estribaciones de los Andes.

Esta respuesta mortificó á Hernando, porque su hermano le había advertido que no saliese del Cuzco, cuya ciudad era vigilada por el enemigo.

Pero ¿cómo demorar un solo día la posesión de la anunciada riqueza?

Elijó dos soldados de su confianza y los mandó, al par que al inca, á buscar la áurea afgie del padre de éste.

El resultado de esta expedición es de presumir. Manco acostumbrado á vagar por las fragosidades de los Andes, pronto escapó á la vigilancia de sus centinelas y recobró su libertad.

Su presencia entre las huestes peruanas produjo un efecto mágico y prestó mayor calor á la guerra con los invasores.

A los pocos días el propio Manco, á la cabeza de un numeroso ejército, cayó sobre el Cuzco y le puso sitio.

El valor de Hernando en este cerco rayó en el heroísmo.

Libre de él, se vió sorprendido por otro suceso de no menor compromiso.

El mariscal Almagro á quien se había encomendado la conquista de Chile, harto de experimentar contrariedades en aquel país, se volvió al Cuzco, pretendiendo que esta ciudad estaba comprendida dentro del territorio que le había asignado la corona.

Negóse Hernando á hacerle entrega de ella; pero Almagro que disponía de quintuplicado número de soldados, se apoderó de la ciudad á viva fuerza (1537) reduciendo á prisión á Hernando y á su

hermano Gonzalo, que en las mismas calles habían hecho aquileos esfuerzos para impedirlo.

Rodrigo Orgóñez, segundo de Almagro, aconsejó á éste con insistencia que matase á los dos hermanos; pero el mariscal atento á la intercesión de Alonso de Alvarado, y rindiendo aún tributo á la amistad que un tiempo lo había unido con el marqués, negóse á tal felonía.

Entonces Orgóñez, como inspirado por un espíritu profético, le dijo:

—Un Pizarro jamás perdona una injuria, y la que éstos han recibido de tí es demasiado grave para que la olviden.

Medió por fin Francisco Pizarro en favor de sus hermanos, y éstos salieron libres de poder de su enemigo.

Pero la guerra civil tornó á alumbrar con sinistros resplandores aquellas provincias desventuradas, y en la sangrienta batalla de las Salinas, Almagro derrotado cayó en poder de Hernandó y Gonzalo, que lo aherrojaron en tétrico é insano calabozo.

Formósele proceso y fué condenado á muerte.

Muchos caballeros intercedieron con Hernando para que hiciese gracia de la vida á tan conspicuo capitán, ya que él se la había perdonado hacía poco.

Pero Orgóñez lo había dicho: *Un Pizarro jamás perdona...* y Hernando se encargó de comprobarlo, cerrando sus oídos á la voz de la piedad, y consintiendo que el vil garrote pusiera término á una existencia consagrada por muchos lustros al servicio de la patria.

El ajusticiado tenía muchos é influyentes amigos en España, y si en el Perú no había por qué temer

de él cosa alguna, aquellos no dejarían de sacar partido de tal suceso contra los Pizarros.

Era, pues, preciso parar el golpe á tiempo; y como para luchar en la corte no se necesitaban otras armas que el dinero (persuasión de todos tiempos y países), Hernando, principal factor de aquella operación, forzó más que nunca la explotación de sus ricas minas de Porco, y al año próximamente de haber ejecutado á su odiado enemigo, se embarcó para la patria cargado de riquezas, no dudando que los crisófilos magnates tenderían un manto de impunidad al capitán concusionario, si derramaba el oro á manos llenas.

Pero no le valió.

Preso en la fortaleza de Medina del Campo, pasó encerrado en ella veinte años.

Y gracias que nonagenario pudo recobrar la libertad, para venir á morir en la ciudad que lo vió nacer, después de haber fundado el mayorazgo más cuantioso que se conoció en Extremadura y tal vez en la península.



Gonzalo Pizarro, de Trujillo.

Si este paladín, hermano de los anteriores, hubiese unido á su apostura, su generosidad, su trato afable, su valor y bizarría, la capacidad y el conocimiento del mundo de su hermano Hernando... ¡quién sabe! tal vez su parentela se hubiese contado entre las dinastías del Nuevo Mundo.

En un principio, sometido á la superior categoría de sus hermanos Francisco y Hernando, se concretó á ayudar á éstos en la conquista de las regiones andoperuanas y á desempeñar el gobierno de Quito que le confirió el primero.

En las asonadas civiles con Almagro, batalló contra éste, á quien personalmente aprisionó en la rota de Salinas.

Desde Quito, á la cabeza de un ejército numeroso de españoles y de indios, partió á la tan célebre cuanto calamitosa jornada en busca del *pais de la canela*, atravesando la abrupta cordillera de los Andes, en cuyos intrincados argomales y peligrosos desfiladeros perecieron de hambre y de fatiga más de la mitad de los expedicionarios.

Al volver á su gobierno, dos infaustas nuevas le salieron al encuentro: la muerte de su hermano el marqués, y la prisión de Hernando en España. Y no quedando otro Pizarro que él en aquellos territorios, se consideró con derecho á heredar los cargos y preeminencias del primero.

Pero el rey de España, muerto el conquistador del Perú, había nombrado virrey de aquellos estados á Blasco Núñez Vela.

¡No importaba! Ante la omnipotencia de un Pizarro, nada suponía un título al que no se sumaba fuerza moral ni material alguna.

Luego fué tan antipolítica la conducta de Blasco Núñez, y tan perjudiciales á los intereses de los españoles afincados en el país las *Ordenanzas* que llevaba de la metrópoli y trataba de implantar en aquél, que se hizo odioso á sus gobernados, logrando que todo el mundo volviese los ojos á Gonzalo como á faro salvador.

Y no tardó en responder éste á la confianza que el pueblo en él depositaba.

Declarada la guerra entre ambos jefes, no fué de mucha duración, pues en la batalla de Añaquito, Gonzalo derrotó y dió muerte á Blasco Núñez.

Todos aclamaron al vencedor, y éste olvidando,

ó más bien desconociendo el *abstine et sustine* del filósofo griego, hubo de engreirse con el triunfo hasta un punto inconcebible.

Su lujo y magnificencia no reconocieron límites: obró con entera independencia del gobierno peninsular: dictó disposiciones que eran peculiares del monarca: llegó á acuñar moneda con sus cifras; y no falta quien afirma que usaba insignias reales, y consentía que le llamasen *rey*.

Contra él envió Carlos V á D. Pedro de la Gasca, tan humilde sacerdote como habilísimo político, quien, logrando atraer á la obediencia real, con un tacto y perseverancia sin ejemplo, á los principales auxiliares de Gonzalo, puso á éste en el duro trance de tener que decidirse á pasar á Chile, á organizar las cortas fuerzas que le habían permanecido fieles.

Pero como al hacerlo encontró y derrotó cerca de Huarina al cuerpo de tropas que acaudillaba el capitán Centeno, cobró ánimo, desistió de su proyecto, y habiéndosele unido gran parte de las tropas vencidas, volvió al Cuzco á hacer frente á las de la Gasca.

Este marchó á su encuentro desde Jauja y le presentó batalla en el valle de Xaquixaguana, en donde fué derrotado y preso el rebelde (1548).

Conclusa la sumaria en solo un día, sentenciósele á la pena de muerte, á que su cabeza fuese puesta en el rollo de la ciudad de los Reyes, derruida su casa y sembrado de sal su solar, en el que se pondría un letrero que perpetuase la memoria de su traición y del escarmiento que en él se hizo.

Así sucedió, y la cuchilla del verdugo cercenó la cabeza de Gonzalo, cuando sólo contaba cuarenta y dos años de edad.

A pesar de todo, el pueblo le lloró, y veneró su recuerdo por muchas generaciones, citándole como espejo de caballeridad é hidalguía.

Túvosele por la mejor lanza de cuantas se blandieron en el suelo peruano, y hasta el mismo la Gasca elogió su administración *para ser de un tirano.*

*
**

Juan Pizarro, de Trujillo.

Hermano de los anteriores, tan valiente como ellos, y el más querido de la soldadesca por su afebilidad y franqueza.

Los ayudó con eficacia en las empresas de Quito, Cajamarca y el Cuzco, de cuya ciudad fué nombrado regidor, y cuyo gobierno desempeñaba en ausencia de sus hermanos.

Persiguió, venció é hizo prisionero al inca Manco Capac, rebelado contra sus protectores los Pizarros.

Ya dijimos como la codicia de Hernando le abrió las puertas del calabozo, y que una vez libre, volvió á las hostilidades.

Juan tuvo que salir de nuevo á campaña y lo tornó á derrotar en el valle de Yucay.

Pero reuniendo otra vez sus dispersas huestes y continuando la guerra, Manco atacó la ciudad del Cuzco, en ocasión de ser pocos los soldados que la guarnecian, en cuya lucha nuestro biografiado, que peleaba cuerpo á cuerpo en las calles de la población, fué muerto de una pedrada que le arrojaron desde un terrado.

*
**

Francisco Martín de Alcántara, de Trujillo.

Fué hermano uterino de Francisco Pizarro é hijo de padre desconocido.

Partió á América con aquél, en el segundo viaje que hizo, y le prestó eficaz concurso en la conquista del imperio incásico y en las discordias civiles con Almagro.

Fué nombrado general de la armada de su hermano el marqués, el cual lo sentaba á su mesa diariamente.

Comiendo estaba en su compañía el domingo 26 de junio de 1551, cuando los sicarios de Almagro *el joven* entraron en el palacio, espada en mano, para asesinar al célebre caudillo.

Ambos hermanos acudieron precipitadamente al oír las voces y el tumulto, á ponerse las armaduras; mas no dándoles tiempo para armarse, Martín les cerró el paso, afrontando el lance cuerpo á cuerpo.

Los acometedores eran muchos y la lucha por parte del acometido fué desesperada, hasta que, después de caer bañados en sangre dos ó tres criados que acudieron en su auxilio, él dió también en tierra acribillado de heridas, espirando pocos momentos antes que su ilustre hermano.

* * *

Juan Cano de Saavedra, de Cáceres.

Partió á las Indias con su deudo D. Nicolás de Ovando, gobernador de la Española.

Sirviendo con éste la causa de la patria, conoció á Hernán Cortés con quien fraternizó.

Cuando éste partió á la conquista de Tierra Firme, Cano se alistó en sus banderas, y abordó al par de aquél el imperio mejicano.

Los hechos de armas de Tlascala, Tepeaca, Otumba y otros, lo contaron en el número de los valientes capitanes que tomaron parte en ellos.

Terminada la conquista del país del Anahuac, Juan Cano casó con D.^a Isabel Motezuma, hija del emperador de este nombre, último de los de su dinastía.

Y con las inmensas riquezas que ya por razón de este enlace, ya por las participaciones que obtuvo de los tesoros repartidos, volvió á España á hacer la vida de los grandes señores, fundando hermosa casa y pingüe mayorazgo.

*
**

Francisco Montejo, de Brozas.

¿Cuándo pasó á Ultramar este caudillo?

Probablemente con Ovando; y debió ser desde luego protegido al par que de D. Nicolás, de la fortuna, porque muy pronto figuró como capitán y como persona acaudalada en dicha isla y en la de Cuba, hasta el extremo de haber sido recomendado por Pánfilo de Narváez al monarca en 1516 para la conquista de Yucatán.

Acariciando Diego Velázquez el proyecto de conquistar esta península, á pesar del fracaso de la expedición mandada por su descubridor Francisco Fernández de Córdoba, determinó enviar á ella á Juan de Grijalva, con el que marcharon en calidad de capitanes (1518) Alonso Dávila, Pedro de Alvarado y Francisco Montejo.

Éste descubrió la isla de Cozumel. Luego dieron en Yucatán, en donde recogieron las primeras noticias de la existencia de un emperador poderoso llamado *Motezuma*, y de la inmensidad de sus riquezas.

En sus correrías exploradoras, Montejo con dos bajeles se internó por el río de Banderas, captándose las simpatías de los indios ribereños, con los que los soldados cambiaron baratijas por pedazos de oro, valuados en 15,000 pesos.

Reunido con sus compañeros, descubrió la isla de los Sacrificios y otra á la que denominaron San Juan de Ulúa.

Por último, después de sostener algunas escaramuzas con los indios que moraban en las riberas del Pánuco, volvieron á Cuba.

Hallábase Montejo en la Habana, en cuya ciudad tenía su asiento ordinario, cuando tocó en ella Hernán Cortés que marchaba á la conquista de Méjico, y con él se fué, nombrado capitán de una de las once compañías en que aquél dividió sus huestes.

De orden del general buscó por la costa de Nueva España un punto en que pudiesen estar surtos y seguros los bajeles, en cuya investigación descubrió la población de Quiabislán, á doce leguas de San Juan de Ulúa, junto á la cual Cortés fundó á Villarrica de la Veracruz, de la que nombró alcalde á Montejo.

A poco (1519) el invicto jefe lo envió á España á participar á los reyes sus adelantos y conquistas, cuya embajada desempeñó á satisfacción, no exenta de sinsabores, pues además de tener que contrarrestar las pretensiones y calumnias de los emisarios de Velázquez, estuvo preso, aunque por poco tiempo, de orden del poderoso enemigo de todo lo grande y extraordinario, del obispo Fonseca.

De vuelta en Nueva España, se acercó en Méjico, en donde recibió la autorización que Carlos V le enviaba para que conquistase á Yucatán,

con nombramiento de gobernador y capitán general de dicha península.

Conquistado que la hubo, fundó y pobló en ella á Santa María de la Victoria, Campeche, San Francisco, Mérida, Valladolid, Salamanca y Sevilla.

En 1539 fué nombrado gobernador de Honduras, en cuya provincia, —profundamente perturbada por la mala administración de Alvarado y sus subalternos,—había batallado en 1535, fundando entre otras las villas de San Jorge y Comayagua y reformando las de Trujillo y San Pedro.

*
**

Francisco de Orellana, de Trujillo.

Con aquella falange de trujillanos que tomaron rumbo hacia las Indias cuando el gran Pizarro fué autorizado para conquistar los territorios bañados por el mar del Sur, partió Francisco de Orellana, que no tardó en acreditarse de soldado táctico y valiente.

Mientras llegaba ocasión de adquirir mayor renombre, no perdió seguramente el tiempo, pues trabajando al par que por la patria *pro domo sua*, logró hacerse rico ¡pero muy rico!

De orden de Pizarro, fundó en 1537 la ciudad de Santiago de Guayaquil.

Fué después de los expedicionarios que acompañaron á Gonzalo Pizarro al *pais de la canela*, participando de las penalidades sufridas por todos al atravesar la formidable y casi inaccesible barrera de los Andes.

Mermadas considerablemente las tropas por el hambre y las enfermedades, agotadas sus fuerzas



y extenuadas de fatiga, llegaron al ancho Napo, río tributario del gran Amazonas, cuyas estrepitosas cataratas dejaron atónitos á los aventureros.

Como de día en día la conducción de los bagajes se hacía más difícil, Gonzalo resolvió construir un barco suficientemente capaz de trasportar por vía fluvial á los más débiles y á los enfermos, y todo el mundo puso manos á la obra.

Los árboles les proporcionaron madera; las herraduras de los caballos muertos y comidos por la tropa, se convirtieron en clavos; la goma que destilaban los árboles sirvió de brea; y los andrajosos trajes de la soldadesca se utilizaron como estopa, quedando á los dos meses concluido un bergantín tosco pero fuerte.

¿A quién encomendar su dirección?

A nadie mejor que á su amigo Francisco de Orellana, de quien había recibido para la expedición más de 40,000 pesos de oro, sin plazo para su devolución, ni réditos, ni resguardo.

Con Orellana mandó pasar á bordo cincuenta soldados, y noticioso de que á algunos días de camino había ciudades con abundancia de víveres, lo mandó bogar en busca de ellos.

Los tripulantes batieron remos, el bergantín se apartó de la orilla, y bien pronto impelido por la corriente, se perdió de vista á la mermada y escualida falange que á su retorno encomendaba solamente la conservación de su existencia.

A los tres días desembocó la improvisada nave en el Amazonas, siendo Orellana el primer europeo que surcó su inmensa corriente; mas aunque tocó en varios puntos de sus orillas y libró muchos combates con las tribus que las poblaban, en los que perdió un ojo, logró pocos víveres... tan pocos que

apenas si bastaban á la manutención de sus soldados.

En dichos combates peleaban las mujeres con el mismo denuedo que los hombres, cuya novedad dió ocasión á que dicho capitán,—en la relación de este viaje,—afirmase que este país estaba gobernado por *amazonas*, bordando su descripción con cuanto refiere la mitología de las que moraban á orillas del Thermodonte, por lo que en lo sucesivo se dió á este río el nombre de Amazonas.

Viendo el capitán lo infructuoso de sus esfuerzos con relación á las necesidades del ejército de Pizarro, se halló perplejo acerca del partido que debía tomar.

Volver á ellos sin vituallas ¿era decoroso? Además, dada la impetuosidad del río ¿era posible navegar contra corriente?

¿Y por tierra?... Por tierra el retorno se presentaba bajo un aspecto no menos formidable.

En este estado de incertidumbre le asaltó una idea; bajar hasta la desembocadura del magno río, visitar las islas inmediatas, no exploradas por ninguno otro hasta entonces, y enfilarse la proa hacia España, á reclamar la gloria y galardón de aquel descubrimiento.

¡Volver á ver la patria! Esta sola idea enloqueció á los navegantes, que *in continenti*, sin esperar orden para ello, hicieron rumbo hacia la península, sin curarse de los desgraciados compañeros que en vano aguardaban su vuelta, gran parte de los cuales sucumbían al hambre y á la peste, quedando insepultos en aquellas fragosidades, para pasto de los enormes sarcoranfos y voraces caimanes de aquellas latitudes.

En España todo el mundo se admiró de lo

arriesgado de la empresa de Orellana y de los peligros que había arrostrado en su aventurado periplo.

Los reyes, en 1543, le confirieron la comisión de conquistar y colonizar los estados que existiesen en la orilla izquierda del citado río en una extensión de doscientas leguas, confiriéndole el nombramiento de gobernador y capitán general de ellos, adelantado y alguacil mayor, con 50,000 ducados de salario, y otras prerrogativas, dignidades y emolumentos, unos personales y otros hereditarios para sus sucesores.

Con el regocijo natural de un porvenir tan brillante como el que se le ofrecía, alistó 500 soldados y partió para la Argentina; pero la parca se encargó de segar en flor tanta grandeza, cortando durante la travesía el hilo de su existencia.

*
**

Pedro Corvacho, de Cáceres.

Soldado emprendedor, ávido de lo extraordinario y desconocido, fué uno de los dos cacereños que acompañaron á Colón en su primer viaje al Nuevo continente.

Testigo y copartícipe de los temores y alegrías del eximio genovés, su peregrinación sobre las ondas del Océano, marchando á un término que cada día parecía más lejano y más pavoroso, era mil veces más meritoria que la de tantos preconizados por valientes, como después surcaron aquellos derroteros que conducían á un mundo virgen y lleno de atractivos.

Mas si á su nombre cupo la gloria de quedar inscrito entre los de los primeros descubridores,

no fueron dignos de la menor loa los hechos que al par de sus camaradas llevó á cabo en aquellos remotos climas.

Colón después de sus primeros descubrimientos resolvió volver á España á dar cuenta de ellos á los Católicos monarcas; mas no pudiendo reembarcar á toda la gente por la deserción de la *Pinta*, carabela mandada por Pinzón, determinó quedar en la Española,—isla hospitalaria, y al amparo del cacique Guacanagarí, al que tantos obsequios y atenciones debían los españoles,—una pequeña fuerza que aprendiese la lengua, usos y costumbres de los isleños, y recogiese noticias de los lugares en donde existían sus decantadas riquezas, á fin de utilizarlas cuando volviese de España.

Mandó construir el fuerte de la Navidad, y confriendo el mando de los treinta y siete soldados que en él dejó,—y Corvacho uno de ellos,—al cordobés Rodrigo de Arana, se hizo á la vela para la península, no sin haber dado antes á todos saludables consejos, relativos á su modo de ser de unos para con otros, y á sus relaciones con los indígenas.

Mas aquellas prudentes exhortaciones tardaron en darse al olvido, lo que tardó en borrarse de la superficie de las aguas la estela que iba dejando en pos de sí la nave del almirante.

No satisfechos Arana ni los suyos con las dos jóvenes haitianas que Guacanagarí envió á cada uno de sus huéspedes para sus necesidades, se entraban de rondón en las casas de los indios y atropellaban á sus mujeres y á sus hijas, robaban cuanto encontraban á mano, maltrataban á los pacientes insulares, y se internaban en el país en busca del codiciado metal.

Es decir, que pusieron especial empeño en contravenir á todas las prevenciones de Colón.

Conducta tan desenfadada dió lugar á que el cacique Caonabo, más resuelto que Guacanagari, reuniese á sus soldados, los acechase, y hoy á un grupo que desertaba del fuerte, mañana á otro, los fuese cazando y destruyendo sucesivamente, acometiendo por último á la fortaleza, que defendida sólo por once hombres, fué tomada y acuchillados sus pocos defensores.

Allí pereció Corvacho, sin honra ni provecho para sí ni para su patria, víctima como sus compañeros de la concupiscencia y la codicia, cuyos cadáveres insepultos fueron abandonados por los matadores á la asquerosa profanación de los enormes saurios de aquellas lagunas y pantanos.



Fray Tomás Ortiz, de Calzadilla de Coria.

Este distinguido teólogo, tomó el hábito de dominico el año de 1511, en el convento de San Esteban de Salamanca.

Como nada había entonces más acepto á la santa madre Iglesia que la conversión de infieles, partió á América muy luego, y allí fué elegido vicario del monasterio de Chiribiri.

Descubierta la llamada Tierra Firme, vino á España por más religiosos de su orden, lo que le valió para no perecer á manos de los indios, que alzados en armas por los malos tratamientos del capitán Alonso de Ojeda, destruyeron el monasterio y mataron á sus monjes.

Con título de vicario general de los regulares de su orden, volvió al Nuevo Mundo á predicar el

Evangelio, en 2 de febrero de 1526, llegando á Méjico en el mismo año, después de haber hecho escala en la Española, cuya Audiencia, á la que se había cometido facultad para ello, le nombró comisario inquisidor de las Indias Occidentales, importante cargo que había vacado por muerte del venerable Fray Pedro de Córdoba.

Fallecieron en el penoso ejercicio de su ministerio, varios dominicos de los que lo acompañaron á catequizar idólatras, y en 1527 tornó á la patria, de donde llevó á la Nueva España otros veinte, en la flota que condujo allá al capitán García de Lerma, gobernador de la provincia de Santa Marta, adonde aquéllos iban destinados.

Hombre de autoridad indiscutible, tanto en el instituto á que pertenecía como en la sociedad laica, al erigirse en 1529 una silla episcopal en dicha ciudad de Santa Marta, fué presentado para ella, de la que se posesionó en 1530, falleciendo á los dos años.



Nuflo de Chaves, de Trujillo.

Partió á ultramar en la expedición mandada por el adelantado de la Asunción (Paraguay), Alvar Núñez Cabeza de Vaca, que levó anclas del puerto de San Lúcar de Barrameda el 2 de noviembre de 1540.

Desembarcó en el Brasil y siguió á su jefe á la capital de su gobierno, de orden del cual y en concepto de capitán de los bergantines de que Alvar disponía, partió á reconocer los ríos Paraná y Paraguay, en cuyas orillas desembarcó, conquistando los pueblos ribereños.

El carácter de Alvar Núñez, violento y descon-

siderado para con jefes y soldados, provocó una conjuración en la que Nuflo tomó parte muy principal, que dió por resultado la prisión del adelantado, que fué enviado á España, en donde procesado y condenado fué recluso en Orán.

Le sucedió en el adelantamiento del Paraguay Domingo de Irala, quien confió á Chaves muchas y arduas empresas, entre las que son de anotar la guerra y reducción de los indios *iraguanies*, *albayas*, *guanás*, *chiquitos*, *peisenos*, *carcocies* y otros.

Partió luego al Perú á cumplimentar al presidente Pedro de la Gasca en nombre de Irala, por su triunfo sobre los rebeldes de Pizarro, y al tornar al Paraguay introdujo en este país los primeros ganados lanar y cabrío que en él se conocieron.

Por encargo del mismo Irala, sojuzgó la provincia del Guairá y fundó en ella los pueblos de Loreto, San Ignacio, San Javier, San José, Asunción, Santo Angel, San Antonio, San Pablo, Santo Tomé, los Angeles, la Concepción, San Pedro y Jesús y María.

Por su propia cuenta edificó también á Santa Cruz de la Sierra, en memoria de la villa de este nombre, próxima á su pueblo natal, en donde él había pasado parte de su infancia, cuya población procuró engrandecer, viniendo á ser luego capital de un nuevo gobierno.

La muerte de Irala, ocurrida en 1557,—mientras Nuflo navegaba por los ríos Pilcomayo, Jaurú y otros, explorando las comarcas de los indios *jarayes*, *guaranies* y *trabasicosis*,—disgustó á éste, no sólo por ser el gobernador un verdadero amigo, sino por ir la infausta nueva acompañada de la más infausta aun, de haber designado éste al mo-

rír por sucesor en el gobierno á su yerno Gonzalo de Mendoza.

Y como Chaves se consideraba más acreedor á la gobernación de aquellos estados, marchó á Lima, se avistó con el virrey marqués de Cañete y con el presidente de la Audiencia de las Charcas, y consiguió una división territorial, en virtud de la cual las provincias de Chiquitos, Moxos y Matogroso formaron un gobierno independiente del de la Asunción.

Pero no le salió la cuenta, porque en vez de ser él el designado para gobernador del mismo, lo fué un hijo del virrey, siendo él nombrado su teniente.

Murió en 1567 de un golpe que á traición le dió en la cabeza un indio en el pueblo de *Itati*, que también había fundado.



Vasco Porcallo de Figueroa, de Cáceres.

Fué de los que bajo el patrocinio del comendador de Lares marcharon á la Española en busca de fortuna (por más que no era insignificante la de su familia), después de haber servido en España é Italia, en donde salió triunfante de varios desafíos.

Ayudó á Ovando en la reducción de las provincias de Higüey y Jaragua, y obtenido en recompensa cuantioso repartimiento agrario y de indios, se estableció en la Trinidad (isla de Cuba) á la que pasó con Diego Velázquez, y en donde ejercía una autoridad ilimitada.

Cuando Velázquez se aprestaba para conquistar la Nueva España, explorada por Juan de Grijalva, Porcallo fué uno de los capitanes en quienes puso los ojos, aquilatando en su justo valor las raras

prendas que lo adornaban, en competencia con el mismo Grijalva, con Baltasar Bermúdez, dos sobrinos del propio Velázquez y el extremeño Hernán Cortés, que al fin prevaleció, merced á las recomendaciones de sus amigos Andrés de Duero y Amador de Lariz, secretario aquél, tesorero éste, y ambos consejeros y *factotum* del gobernador.

Y en vez de resentirse por tal preterición, intercedió con éxito cerca de Velázquez en favor del agraciado, cuando Diego, dando oídos á los envidiosos que le predecían la futura insubordinación del valiente extremeño, trató de armar nueva flota para seguirle y destituirlo del mando que le había conferido, y nombró á Porcallo jefe de ella.

Vivía tranquilo en su opulencia, socorriendo á las armadas que tocando en Cuba marchaban á nuevos descubrimientos y conquistas,—como lo hizo en 1527 con la de Pánfilo de Narváez, gobernador de las provincias comprendidas entre el río de las Palmas y el cabo de la Florida,—cuando llegó á la Trinidad el también extremeño Hernando de Soto (1537), camino de la Florida, cuya conquista le había sido encomendada.

Éste, que en anteriores empresas había sido compañero de armas de Porcallo, apreció cuán útil sería para la que iba á acometer el concurso que podría prestarle su antiguo amigo, dadas su pericia y sus riquezas.

Y le instó para ello; y de tal modo le pintó las necesidades de la patria en aquellos apartados países, que Vasco, sintiendo hervir en sus venas el entusiasmo juvenil, se decidió por ser de la partida, aceptando el puesto de teniente general que Soto le ofrecía.

Varias veces entró en lid Vasco con los indios.

Merced á su intervención no sufrieron más de un descalabro las tropas conquistadoras.

Pero convencido de que los años pesaban más sobre él que la férrea armadura, y de que la senectud está divorciada de la vida del campamento, repartió sus armas y pertrechos entre sus camaradas, y dejando con Soto á un hijo que había llevado consigo, volvió á la Trinidad á pasar los días que le restaban en el tranquilo hogar; habiendo tenido la suerte de ver aumentada su espléndida fortuna, con el descubrimiento en sus propiedades de ricas minas de oro y plata.



Garci-Fernández Barrantes, de Alcántara.— Exaltada la imaginación de este hidalgo con los portentos descubiertos allende los mares por el inmortal Colón, partió en su compañía en el segundo viaje que éste hizo al Nuevo Mundo en 1493.

Pronto mereció la confianza del ilustre genovés, de quien siempre se mostró respetuoso servidor y leal amigo.

Se halló en el descubrimiento de la isla de Santo Domingo, la Guadalupe y la Jamaica, en la exploración de la de Cuba y en la expedición á las montañas de Cibao.

Sostuvo denodadamente la causa de Colón, que era la causa real, contra los levantiscos é insubordinados capitanes de los soldados peninsulares.

En 1497 se hallaba en la ciudad del cacique Guarionex (Vega de la Concepción) al frente de un destacamento de treinta españoles, cuando se le presentó el turbulento Francisco Roldán,—que se había rebelado contra el gobierno de Colón,—el

cual le exhortó á que siguiera su ejemplo, primero con promesas y después con amenazas.

Barrantes, que prefería *potuís mori quam fœdari*, desoyó las primeras y rechazó las segundas con marcial virilidad, encerrándose en la casa-fuerte que tenía por cuartel.

Roldán le amenazó con incendiarla si no se sometía, y Garci-Hernández lo retó á que lo hiciera.

Aquél comprendió que iba á producir un desastre con perjuicio de su causa, y satisfecho con recoger las provisiones que Guarionex tenía dispuestas para las tropas de Barrantes, se retiró con las suyas.

En pago de sus servicios fué nombrado alcaide de la ciudad de Santiago.

Y era tal la opinión de leal y caballero que á Colón merecía, que cuando sometidos los rebeldes de Roldán á fuerza de dádivas y concesiones, estimó el almirante necesarias en España personas que defendiesen su causa contra las calumnias de los insurrectos que habían regresado á la península, y los muchos envidiosos que en la corte minaban su reputación, eligió á García Barrantes juntamente con el veterano capitán Miguel Ballester, para que abonasen ante los reyes su intachable conducta, tan vilipendiada entonces y hoy tan digna de loa.

*
*

Pedro Alonso de Hinojosa, de Trujillo.

De capacidad nada común y de carácter elevado, este bravo capitán ayudó eficazmente al gobernador García de Lerma á la conquista y población de la provincia de Santa Marta; luego pasó con Pedro

de Lerma, hijo de aquél, al Perú, emporio de riqueza y meta codiciada de todo aventurero.

Recibido afablemente por sus paisanos los Pizarros, debió á éstos, dados sus merecimientos, una protección decidida.

¿A qué especificar los hechos de armas en que tomó parte?

Un caudillo como Hinojosa no podía ser extraño á ninguno de ellos.

Asesinado el marqués Francisco Pizarro, su hermano Gonzalo nombró á Pedro Alonso almirante de su escuadra, compuesta de veintidós buques de todas clases.

Con dicha fuerza, Hinojosa,—arrastrado por Pizarro al campo de la rebeldía contra la Metrópoli,—atacó el puerto y ciudad de Panamá, que tomó y gobernó por algún tiempo en nombre de Gonzalo.

Pedro de la Gasca, comisionado por Carlos V para domeñar la insurrección y hacer justicia en los culpables, procuró, como primer cuidado, al abordar la Tierra Firme, conferenciar con Hinojosa, cuya reducción estimó tan importante á sus fines como difícil desde luego.

Pero sus amonestaciones hechas siempre en forma benévola y persuasiva, fueron la gota de agua que cayendo incesantemente sobre la peña, logra horadarla, y Pedro Alonso ingresó de nuevo en la comunión de los leales.

Por mediación de éste entró la Gasca en correspondencia con Pizarro, mientras el tonsurado presidente reducía á la imperial obediencia á los capitanes de Hinojosa.

La obra duró meses, pero la escuadra y sus tripulantes se pusieron á sus órdenes.

Utilizando su pericia y su prestigio, la Gasca nombró á Pedro Alonso capitán general de las tropas reales, marchando ambos contra Gonzalo, al que vencieron en la batalla de Xaquixaguana.

En 1552 el virrey D. Antonio de Mendoza, atento á la envidiable reputación de que en toda la América española gozaba Hinojosa, lo nombró corregidor y justicia mayor de la ciudad de las Charcas.

Y en el año siguiente murió traidoramente en la villa de la Plata, en donde residía, al llevarse á cabo el alzamiento de D. Sebastián de Castilla, hijo del conde de la Gomera, contra las decisiones de la Real Audiencia de Lima relativas á la abolición del servicio personal de los indios.



Fray Tomás Casillas, de Casillas de Coria.

Este santo varón, fraile dominico que había profesado en 1529, era superior del convento de San Esteban de Salamanca, cuando fué destinado á pasar al Nuevo Mundo, con otros frates de su religión, á llamamiento del venerable *Apóstol de las Indias*, Fr. Bartolomé de Las Casas, obispo de Chiapa.

En 9 de julio de 1544 se embarcó con sus compañeros en San Lúcar de Barrameda: en 9 de septiembre arribó á la isla Dominica, y de aquí prosiguieron su ruta para Yucatán en el mes de diciembre, desembarcando en Campeche á los pocos días.

En Xicalango, en Tabasco, en Viztlan, en Iztacutzuc, en Cinacatlan é Iztapa, predicó al Evangelio.

Fundó convento en Ciudad Real de Chiapa, desde

el que repartió sus subordinados por los pueblos de la comarca á catequizar indios y extender la fe de Jesucristo, y en seguida pasó á visitar á los que con antelación había enviado á la provincia de Soconusco.

Fueron asimismo objeto de sus pastorales visitas los lugares de Quezaltenango, Copanabastlan y Santiago de los Caballeros, capital de Guatemala, en donde fundó nuevo convento, del que fué nombrado prior.

Su excesivo celo é incesante trabajo, le acarrearón una grave enfermedad, hallándose en el pueblo de Cachula.

Libre de ella hizo oír su inspirada palabra en las ciudades de Gracias á Dios y la Verapaz.

Por renuncia que de la mitra hizo el respetable Las Casas, Fr. Tomás fué electo obispo de Chiapa; y hubo necesidad de un mandato expreso del general de la orden, para que aceptase tan pesada cuanto elevada dignidad.

Consagrado en 1552, su modo de ser fué siempre el mismo: de simple fraile. Viajaba á pie, usaba comúnmente el hábito de su orden, sin distintivo alguno, «y en cuanto su estado lo permitía, no se olvidó jamás de ser y parecer religioso».

Murió en 1567.



García de Holguín (ó Golfín), de Cáceres.

Este noble capitán fué de los que compartieron con Cortés los trabajos de la conquista del imperio mejicano.

Adscrito ordinariamente al cuerpo de ejército mandado por Gonzalo de Sandoval, hallóse en las batallas de Tabasco, Tlascalala, Zempoala (contra

Narváez), la calzada de Méjico, Otumba, Chalco, Huastepec y Capistlan.

Pero el hecho de armas en que más se distinguió, y que más óptimos resultados dió en aquella magna empresa, fué en la batalla naval librada en la gran laguna de Méjico, que el historiador Solís describe de este modo:

«...Pero al mismo tiempo que duraba el fervor de la batalla, reparó Gonzalo de Sandoval en que iban escapando á toda fuerza de remo seis ó siete piraguas por lo más distante de la ensenada, y ordenó al capitán García de Holguín, que partiese á darlas caza con el bergantín de su cargo, y procurase rendirlas con la menor ofensa que fuese posible.

»Nombró entre los demás capitanes á García de Holguín, tanto por lo que fiaba de su valor y pericia, como por la gran ligereza de su bergantín... Y él (Holguín) sin detenerse más que á tomar la vuelta y alentar la boga, puso tanto calor en su diligencia, que á poco rato ganó alguna ventaja para volver la proa y dejarse caer sobre la piragua que iba delante y parecía superior á las demás. Pararon todas á un tiempo soltando los remos al verse acometidas; y los mejicanos de la primera dijeron á grandes voces que no se disparase, porque venía en aquella embarcación la persona de su rey... y para darse á entender mejor, bajaron las armas, adornando el ruego con varias demostraciones de rendidos. Abordó con esto el bergantín y saltando en la piragua se arrojaron á la presa García de Holguín y algunos de sus españoles. Adelantóse á los suyos Guatimozín, y conociendo al capitán en el semblante, le dijo:—*«Yo soy tu prisionero, y quiero ir donde me puedes llevar: sólo te pido que atiendas*

»al decoro de la emperatriz y de sus criadas.» Pasó luego al bergantín y dió la mano á su mujer para que subiese á él, tan lejos de la turbación, que reconociendo á García de Holguín cuidadoso de las otras piraguas, añadió:—«No tienes que discurrir en esa gente de mi séquito, porque todos se vendrán á morir donde muriere su príncipe.» Y á su primera señal dejaron caer la armas y siguieron al bergantín como prisioneros de su obligación.»

A más de Guatimozín y su familia, iban en la piragua y quedaron prisioneros, los magnates Co-huanacotzín, Tettlepan, Quetzaltzín, el cacique de Tacuba y otros, día 13 de agosto de 1521.

Conquistado el imperio de Motezuma, Holguín, impenitente prosélito de Marte, partió con Pedro de Alvarado á la conquista de Guatemala.

Sometida ésta, el general, envidioso de la suerte de Pizarro en el Perú, envió á Holguín á aquellos países á que tomara lenguas de su decantada riqueza, y como volviese confirmando las voces de la fama, Alvarado aparejó una numerosa flota y desembarcando en las costas peruanas llegó hasta Quito.

Pero ¡oh decepción!... sólo cosecharon sus tropas miserias y quebrantos.

Con tan terrible desengaño y decidido á hacer dinero, entabló negociaciones con Pizarro, ajustó su retirada en una suma respetable, y hasta le vendió su escuadra, surta en Puerto Viejo, siendo Holguín el encargado de hacer entrega de ella á Diego de Mota, capitán de Almagro.

Holguín, á quien agradó poco esta conducta, se quedó en el Perú y asentó en la ciudad de Trujillo.



Luis López Ortiz, de Plasencia.

No fué este humilde placentino de los que marcharon á América á hacer fortuna á costa de la sangre y las desdichas de los desventurados indios.

Un temperamento apacible y un misticismo harto acentuado se lo impedían.

Era comerciante, pero comerciante timorato y de conciencia; y calculando que no serían muchos de los del gremio los que trasportarían su mostrador y sus anaqueles á las colonias, de donde el belicoso Marte había ahuyentado al pacífico Mercurio, dijo: *allá voy yo*, y allá se fué.

¿A atesorar riquezas de que disfrutar un día?...
Nada de eso.

Marchó á trabajar, sufriendo privaciones sin cuento, para aumentar el culto divino en aquellos países.

Llegado á la provincia de Bogotá, se estableció en Santa Fe, capital de ella, y abrió su tienda frente á la catedral.

Su honradez, su formalidad y las módicas ganancias con que en su tráfico se contentaba, hicieron que la generalidad de los compatriotas y de los naturales acudiesen á su establecimiento á surtirse de cuanto en él se expendía.

Y resultó que vendiendo mucho, aunque ganando poco en detalle, acumuló en breve un capital enorme.

De excelente sentido práctico, comprendió bien pronto que *ubi bene, ibi patria*, y fijó definitivamente sus reales en dicha ciudad, en la cual edificó el convento de monjas de la Concepción, que dotó y ornó con magnificencia.

Fundó también, tanto en Santa Fe como en su pueblo natal, del que nunca se olvidó, varias obras-

pías; hizo cuantiosas limosnas á los hospitales, y donó al convento de San Agustín una imagen de Nuestra Señora de Altagracia, de toda su devoción, que había llevado consigo al ausentarse de España.

Murió célibe y en opinión de santo, refiriéndose de él varios peligros y lances extremos, de los que salió incólume, según las gentes timoratas, por milagro.



Juan de Chaves, de Trujillo.

No puedo determinar cuándo pasó á ultramar este caballero.

Pero es indudable que se halló en la conquista de Nueva España á las órdenes de Pedro de Alvarado, que lo distinguía entre todos sus capitanes.

Terminada tal empresa y acometida por dicho general la reducción de las provincias existentes al Sur de Méjico, llevó consigo á Chaves, quien de orden de aquél anduvo muchos días por la provincia de Honduras salvando sierras, cruzando valles y vadeando ríos, en busca de sitio á propósito para fundar una ciudad, que sirviese de punto de comunicación con los estados de Guatemala.

Al cabo la gente, fatigada de tan penosa correría, halló extensa planicie junto á un río, muy adecuada á sus propósitos.

Respirando todos ante la perspectiva halagüeña del descanso, exclamaron á una:

—¡Gracias á Dios que ya encontramos tierra llana!

Y allí fundaron la ciudad proyectada, á la que dieron el nombre de *Gracias á Dios*, repitiendo las primeras palabras de su espontánea exclamación.

Chaves, por mandato del propio Alvarado, pa-

cificó el valle de Zura, cuyos indios andaban alzados en armas; obteniendo en el repartimiento de aquellos países los pueblos de Opoa y Mabotena (1536) con todo su vecindario indígena.

Al cesar Pedro de Alvarado en el gobierno de Honduras, Chaves se ausentó también de esta provincia y partió con aquél á la de Guatemala, abandonando los pueblos que se le habían otorgado en encomienda.

Mas Alvarado recompensó su adhesión, nombrándole regidor de la ciudad de Santiago de los Caballeros, capital de dicha provincia, luego veedor de S. M. en la ciudad de León, de Nicaragua, y concediéndole mayores y más productivas propiedades que las que había perdido por seguirle.

*
**

Francisco de las Casas, de Trujillo.

Cuñado de Cortés é interesado al par de éste en la conquista de Nueva España, fué nombrado alcalde mayor de Méjico, una vez dueños los españoles de esta populosa ciudad, y embajador al rey de España para que le diera cuenta del éxito de su empresa.

De vuelta en Méjico, Cortés, agradecido á su solícitud, le dió el pueblo de Anguitlan.

Trabajaba el ilustre metelinense en el gobierno y población de aquellos vastos dominios, cuando le llegaron nuevas de haberse rebelado contra él, su antiguo capitán Cristóbal de Olid, á quien había encomendado la gobernación de la provincia de Honduras.

Contra él mandó á Francisco de las Casas, que zarpó con sus soldados del puerto de Veracruz, con rumbo á la citada provincia (1524).

Sería prolijo describir las tretas, los ardides, los lazos que se tendieron mutuamente ambos capitanes.

Por fin Olid cogió prisionero á Casas, al par que á Gil González Dávila, otro adepto de Cortés, y los cargó de cadenas en un pueblo de la provincia de Naco.

Mas cierta noche aquél quiso obsequiar á sus reclusos con una cena, y mandándolos sacar del calabozo, hizo que se sentasen á su mesa.

Recordaron los antiguos tiempos en que eran amigos y camaradas, y Olid, aficionado ó distraído, hizo á Baco más ofrendas de las que la prudencia aconsejaba, dada la tensión de sus relaciones con sus lastimados prisioneros.

Así fué que en cuanto éstos vieron á Cristóbal desarmado por la fuerza del alcohol, empuñaron las facas de que se servían en la mesa, y acometiéndole sañudos, lo cosieron á puñaladas.

No lo acabaron desde luego, porque deseando sumar á la venganza la ignominia, lo encarcelaron para mandarlo degollar á los pocos días *por tirano y usurpador del poder real*.

Ejecutando en seguida órdenes de su cuñado, Casas se trasladó con sus soldados á Puerto Cabello, á fundar una población; pero no estimándolo sitio á propósito para ello, se trasladó al Puerto de Honduras, en donde edificó un pueblo al que puso por nombre *Trujillo*, en memoria de su patria.

Y hecho esto, tomó el camino de Méjico.

Si durante sus operaciones había dado cuenta á su cuñado del curso de éstas, no había llegado á conocimiento de éste; así es que Cortés estaba cuidadoso de lo que pudiera ocurrir en aquellas provincias.

Para cerciorarse por sí mismo de su estado y á la vez del de otras no menos importantes, partió á recorrerlas al frente de una fuerza respetable.

A poco de ausentarse de Méjico, se alzaron con el gobierno el factor Gonzalo de Salazar y el veedor Peralmíndez Chirino, quienes haciendo alarde de los más perversos instintos, destituyeron funcionarios, encarcelaron, mataron, robaron y convirtieron la ciudad de Motezuma en un nefando aquejarre de maldades y atropellos.

Noticiosos de que Casas y Gil González retornaban á Méjico, los prendieron y condenaron á muerte,—pretextando la que ellos habían dado á Cristóbal de Olid,—de las que pudieron librarse escapando de la cárcel y acogiéndose á sagrado.

Intercedieron los frailes y alcanzaron de Salazar que enviase á España á los acogidos y los procesos que les habían formado.

Pero mientras la travesía de los procesados, llegó Cortés á Méjico é hizo justicia en los tiranos.

De Casas no vuelve á hallarse rastro alguno, á partir desde su venida á España en calidad de preso.

Es de presumir que libre del judicial entredicho, se dedicase más al cuidado de sus intereses que de la cosa pública.

*
* *

Lorenzo de Aldana, de Cáceres.

Acompañó al Nuevo Mundo al gobernador de la provincia de Santa Marta, García de Lerma, ayudándole como experto capitán á reducirla y poblarla.

Muerto éste, pasó al Perú con Pedro de Lerma, hijo del difunto, ávido de mayor prosperidad.

Bien pronto se persuadió de su valía el inclito Pizarro, que no tardó en dispensarle sus favores.

Partió con el mariscal Almagro á la conquista de Chile; pero así que estos dos caudillos se declararon aquella guerra á muerte que tan tristes recuerdos grabó en las páginas históricas de la conquista del suelo ando-peruano, Aldana abrazó la causa del marqués.

Ignorante éste de la suerte que pudiese haber cabido á Sebastián de Benalcázar, que desde su gobierno de Quito había subido de conquista á la provincia de Bogotá, nombró á Aldana gobernador de Popayán—cargo que desempeñó hasta que dicho capitán volvió á Quito,—siendo á muy poco agraciado Lorenzo con el gobierno de la ciudad de los Reyes, capital de aquellos estados.

Merced á sus ardides recobraron la libertad Gonzalo Pizarro y Alonso de Alvarado, presos en el Cuzco por Almagro.

Asesinado el marqués, siguió el partido de Gonzalo y cayó prisionero del virrey Blasco Núñez Vela.

Recobrada su libertad, y vencido el virrey, fué nombrado de nuevo gobernador de los Reyes por el triunfante Gonzalo, cuyo cargo desempeñó con tal imparcialidad, que éste llegó á sospechar de su lealtad y consecuencia.

Para aplacar la tormenta que su conducta había levantado en la corte castellana,—sobre todo con la muerte de Blasco Núñez,—y pactar un arreglo provechoso, Gonzalo despachó para España á Lorenzo, cuya embajada se extendía á solicitar la confirmación de su mandante en el gobierno del Perú.

Hízose á la vela el mandatario y llegó á Panamá, animado de los mejores deseos.

¡Pero en qué ocasión!

Cuando el presidente la Gasca, esgrimiendo con inquebrantable perseverancia las bien templadas armas de su política sagaz y persuasiva, asediaba á Pedro de Hinojosa y á los demás capitanes de la armada de Pizarro, para que abandonando al rebelde se pasasen á las filas de los leales.

No pudo Aldana evadirse de avistarse con la Gasca... ¡y quedó preso en sus redes!

De modo que el hábil licenciado mató dos pájaros con una sola piedra, y al par que de ellos se hizo dueño de su armada.

En seguida dió el mando de parte de la escuadra á Lorenzo, que obedeciendo órdenes del presidente se dirigió á Lima y la ocupó á nombre del emperador Carlos V (abril de 1547), después de haber desembarcado de pasada en Trujillo, y recomendado á los soldados fieles al monarca que se reuniesen en Cajamarca para donde partiría el presidente.

Deseoso del mejor partido para su abandonado jefe, trabajó aunque sin éxito á fin de reducirlo á la obediencia real.

Hallóse en la batalla de Xaquixaguana, ocaso de la fortuna de Pizarro.

La Gasca lo nombró, á raíz de este suceso, corregidor de Lima; y se le tiene por fundador de las poblaciones de Villaviciosa y San Juan de Pasto en Colombia.



Antonio de Villarroel, de Alcántara.

Abrazó con fruición la carrera militar, alistándose y peleando por algún tiempo en los famosos tercios de Flandes.

Mas en los Países Bajos á todo lo que podía as-

pirar era á perder un ojo ó una pierna de algún golpe de pica ó de un arcabuzazo, para volver á su casa á recordar inválido sus proezas militares.

¡Pero en América!...

¿Qué espíritu inquieto y codicioso no se entusiasmaba al oír este nombre, que tantas riquezas, tanta voluptuosidad, tan halagüeño porvenir ofrecía?

Villarroel, obsesionado por el presentimiento de una brillante fortuna, fuerza motriz de los aventureros de todos tiempos y países, cambió de teatro en su carrera y se trasladó al Nuevo Mundo.

Tomó tierra en la Fernandina y cultivó la amistad de Diego Velázquez; mas luego se trasladó á Méjico, y después de batallar en su conquista, fué nombrado regidor de su municipio.

Nunca fué muy devoto de Cortés, á causa de ciertos amoríos con una india cubana en la que ambos habían puesto los ojos, por lo que Hernán, en cuanto tuvo motivo que cohonestase su resolución, le quitó el alferazgo del estandarte real que desempeñaba al arribar á las costas mejicanas.

Así que cuando Cortés, movido por la insurrección de Olid, partió á pacificar las provincias revueltas y castigar á los culpables, no costó gran trabajo á su rival asociarse á Gonzalo de Salazar y á Peralmíndez Chirino, que aprovechando la ausencia de aquél, se habían alzado con el gobierno de Nueva España.

Y como Villarroel era ya á la sazón persona de cuenta, le encomendaron la misión de pasar á España á justificar aquel levantamiento, y á pedir el gobierno de Méjico para los cabezas de motín.

Mas noticioso de tal acontecimiento, Cortés vol-

vió á la capital y cerró contra los desaforados insurgentes.

Villarroel pudo escapar, y para burlar la venganza del ilustre metelinense, se trasladó á Panamá y de aquí bajó al Perú, cuya conquista ofrecía campo propicio á sus propósitos.

Sometido este ubérrimo país á la dominación española, Villarroel asentó en la villa de Porco, sita en el valle de Jauja, en cuyo término se explotaban ricas minas.

Tenía un criado indio llamado Guanca, el cual le dió cuenta, cierto día, de una desavenencia que tenía con otro compatriota suyo nombrado Gualpa, sobre la propiedad de ciertas vetas metalúrgicas que habían descubierto en un cerro distante seis leguas de Porco.

Marchó allá Villarroel á cerciorarse de la ponderada riqueza del filón denunciado, y ¡oh prodigio!... Aquel cerro era el del Potosí, y la veta en cuestión la más potente de las descubiertas en las argenteas entrañas de aquel promontorio inmenso de riquezas.

Semejante *coup de bonheur* fijó definitivamente su condición social, tan varia y accidentada, y se dedicó á explotador de metales preciosos.

El primer registro de tan famosas minas lo hizo en 21 de abril de 1545, y en breve se contempló uno de los mayores potentados de aquellos climas tropicales.



Gonzalo de Ocampo, de Trujillo.

Distinguido capitán que partió á América á principios del siglo XVI, y se estableció en Santo Domingo, en donde era altamente estimado por

su riqueza y sus no comunes conocimientos jurídicos y militares.

En 1520, el almirante D. Diego Colón lo envió á castigar los indios de Cumaná que habían asesinado y quemado á los religiosos franciscanos del monasterio de Chiribiri, cerca de Maracapana.

Después de escarmentados los indígenas, fundó Ocampo, cerca del río Cumaná, una villa que denominó Nueva Toledo.

En 1523, acompañó también al gobernador de la Jamaica, Francisco de Garay, en su jornada á la provincia de Pánuco y río de las Palmas, y fué mediador entre éste y los emisarios de Cortés, en las capitulaciones que se pactaron para que Garay levantase el campo y se ausentase de aquellos territorios.

El licenciado Alonso de Zuazo, asesor de los gobernadores jerónimos de la Española, que había tenido lugar de apreciar sus conocimientos jurídicos y rectitud de conciencia, lo nombró teniente suyo en la Fernandina.

Y más tarde le encontramos en Méjico, complicado más ó menos directamente en los disturbios promovidos por Salazar y Peralmíndez, ignorando cuál fué su destino á partir de tales acontecimientos.

*
**

Francisco de Godoy, de Cáceres.

Abandonó sus patrios lares (1527), en una de aquellas bandadas de extremeños que con tanta frecuencia volaban de las costas españolas al privilegiado suelo americano.

Participó de las empresas más comprometidas que se abordaron en el imperio de los incas, y

siempre se contó entre los favoritos de la fortuna.

Ejecutó una marcha estratégica y altamente meritoria á la cabeza de un escuadrón de caballería, desde la ciudad de San Miguel de Piura á la de los Reyes, en socorro de Hernando y Gonzalo Pizarro, acosado á vanguardia y retaguardia por miles de indios en una extensión de veinte leguas.

Se halló en la batalla de Salinas contra Almagro.

Luego pasó al Arauco con Valdivia, en donde se hizo proverbial su intrepidez y bizarría, como lo ha consignado Ercilla en las sonoras y admirables octavas de su *Araucana*, sobre todo al describir la batalla de Millarapué.

Como persona de autoridad y seso, Pizarro le encomendó las negociaciones más importantes y delicadas, tales como la de arreglar las diferencias surgidas entre éste y Almagro.

Y que sus faenas no fueron estériles para sus intereses, lo demuestra el caudal considerable que reunió, con la participación no escasa que le correspondió en el repartimiento de los tesoros de Atahuallpa, y la mayor aun que recogió del descubierto en las inmediaciones del templo de Pachacamac, enterrado por los sacerdotes de este santuario, al ausentarse de él, según refieren las historias.

Fué regidor de la ciudad de Valdivia, en Chile, teniente general del conquistador Francisco Pizarro, que lo distinguía entre sus capitanes, y gobernador de la ciudad de los Reyes, volviendo luego á su patria en donde fundó pingüe mayoralgo, y murió en 1564.

*
* *

Andrés Garabito, de Alcántara.

La primera vez que surge en escena este militar, joven y valiente, es en la isla de Santo Domingo, durante el gobierno de Ovando, en donde por cierta *ella* tuvo un duelo con Hernán Cortés, persona entonces poco visible y prepotente.

Pasados años lo encontramos figurando entre los capitanes favoritos de Pedrarias Dávila, gobernador de Panamá, en la conquista que éste llevó á cabo de gran parte de los estados de la América central.

De orden de éste partió Garabito á las provincias de Paria, Nata, Cherú, Chame y Pacara, á las órdenes del alcalde mayor Gaspar de Espinosa (1519), encargado de someter y poblar dichos territorios.

En la conquista de Nicaragua en que también se halló (1524) á las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba, después de recorrer la costa oriental del golfo de Chira, fundando alguna población, este caudillo lo invitó á que lo secundase en la rebelión que proyectaba contra Pedrarias y en favor de Cortés.

¡De Cortés! ¡de su rival!... y en perjuicio de su protector. ¡Nunca!... y á causa de esta negativa, Francisco Hernández lo redujo á prisión, de la que no salió hasta que Pedrarias, —volando en persecución del rebelde, al que venció y mandó degollar,—lo puso en libertad.

Entre los hechos que llevó á cabo, merece especial mención el de haber cogido prisionero al cacique de la provincia de Paria, llamado *Sura*, cuya fama había crecido extraordinariamente entre los suyos, desde que había desbaratado, en anterior ocasión, las tropas destacadas contra él, al mando

del capitán Gonzalo de Badajoz, el cual, como aquéllas, perecieron en la demanda.

* *

Diego de Ocampo, de Cáceres.

Hermanábanse en él el valor y la prudencia, cualidades que con el afecto y confianza de Cortés, le ganaron el nombramiento de alcalde mayor de Méjico, y el ser emisario de dicho conquistador cerca del emperador Carlos V.

Cuando el inclito Hernán partió de dicha capital á las provincias de las Higueras, Chiapa y Quahuthemallan, siempre de conquista, llevó consigo á Ocampo, cuyo tacto y diplomacia le valieron más que un ejército de aguerridos combatientes.

Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, se había empeñado en conquistar por su cuenta la rica provincia de Pánuco, y á pesar de haber sufrido en los años 1518 y 1519 dos sensibles descalabros, tornó á ella en 1523 con mayores fuerzas y pertrechos, exaltando la imaginación de sus gentes con la esperanza de riquísimo botín.

Tuvo nuevas Cortés de su desembarco, y envió á Diego de Ocampo para que le requiriese en forma á que abandonase aquel país y se fuese á poblar y conquistar, si le hacía el caso, al río de las Palmas.

Resistióse Garay, apremió Ocampo, y por fin consiguió que aquél desistiese de su empresa, á cambio de la protección de Cortés para proseguir en su empeño de conquista; consiguiendo Ocampo que para ultimar las estipulaciones de mutua ayuda, acudiese Garay á Méjico, hacia donde había marchado Cortés.

Sabido esto por los capitanes y soldados de Garay, pusieron el grito en el cielo. Abandonada aquella rica provincia por la más estéril de las Palmas, y teniendo que compartir el botín con los auxiliares que Cortés les enviase, ¿á qué iban á quedar reducidas sus locas esperanzas?

Así que en cuanto Garay partió á Méjico, sus tropas desertaron; y cuando Ocampo vió suficientemente relajados los lazos de la disciplina, mandó salir de Santisteban del Puerto á los que no se alistasen en las banderas de Cortés, con lo que la mayor parte de ellos, sin jefe, ni saber adónde dirigirse, engrosaron las huestes del héroe mejicano.

Ocampo conoció después de las causas formadas con motivo de la rebelión de la provincia de Tututepec.

Fué apoderado de Cortés en el proceso incoado con motivo de la muerte de D.^a Catalina Suárez, primera esposa de Cortés, que la voz pública atribuía á éste.

Muerto Hernán, pasó al Perú, se avecindó en Quito, y fué general del virrey Blasco Núñez contra Gonzalo Pizarro, auxiliando al primero con 40,000 pesos.

Por último, abrió al comercio la navegación del mar del Sur, en la parte que baña las costas del Callao, con navíos fabricados á su costa en el puerto de Tehuantepec.



Fr. Jerónimo de Loaisa y Carvajal, de Trujillo.

Estudió teología con notable aprovechamiento en el colegio de San Gregorio de Valladolid, y tomó el hábito de dominico en el convento de San

Pablo de Córdoba, pasando á poco á América y estableciéndose en la provincia de Santa Marta, donde se dedicó á la enseñanza y conversión de la raza *muysca*, adoradora del tricéfalo *Botchica* y la pérfida *Huytaca*, cuyo politeísmo combatió con eficacia.

Después regresó á España y fué prior del convento de Carboneras.

En 1537, teniendo en cuenta los méritos contraídos en el citado país, fué presentado para el obispado de Cartagena de Indias, adonde no llegó hasta el siguiente año.

Durante el tiempo que rigió esta sede, arribó á ella y ejerció su apostolado en aquellos territorios San Luis Beltrán, al que dió todo género de facilidades para su sagrada misión.

En 1543, fué promovido al arzobispado de Lima, capital del Perú, en donde ardía devastadora guerra civil; y Loaisa, dada su posición social y religiosa, no podía sustraerse á tomar parte en la cosa pública para apagar aquel fuego destructor.

Pero ¿qué voz se hace oír entre el estruendo de las armas?

Derrotado y ajusticiado Gonzalo Pizarro, el licenciado la Gasca, que estimaba en mucho su capacidad y su experiencia, reclamó su auxilio en la ardua y espinosa tarea de recompensar á los fieles partidarios de la causa real, y desde el Cuzco se retiraron los dos (1548) al valle de Guaynarima, en el que permanecieron tres meses confeccionando el repartimiento de mercedes.

Pero,—¡lo que era de esperar!—como el número de los que se juzgaban acreedores á ellas era desproporcionado en relación con lo que había que repartir, era inevitable un descontento imponente,

y así lo sospechó la Gasca, quien para sustraerse á sus resultados, partió á Lima.

Loaisa fué el encargado de afrontar el conflicto. Convocó á las tropas á la catedral del Cuzco, y después de un sermón que predicó el prior de Arequipa, exhortando á todos á que se contentasen con lo que se les había asignado, y de haber leído una carta del presidente á los oficiales y soldados, el arzobispo leyó en alta voz las recompensas otorgadas, que fueron acogidas al terminar con un murmullo general de descontento, que pronto tomó el carácter de tumulto y degeneró en escandalosa sedición.

Y una función que comenzó con una majestad y recogimiento extraordinarios, acabó como el rosario de la aurora, pues el comandante militar del Cuzco tuvo que entrar á mano armada en el templo, aprisionar á los principales sediciosos, matar á unos y desterrar á otros.

Por último, es de consignar que Fr. Jerónimo fué quien estableció en el Perú el tribunal del Santo Oficio, fundó el convento de Agustinos y erigió tres parroquias en Lima.

*
**

Benito Hurtado, de Garrovillas.

Fué uno de los capitanes más distinguidos que llevó el gobernador Pedrarias Dávila á la conquista de Castilla del Oro y provincias adyacentes.

Luego sirvió en la de Nicaragua á las órdenes de Francisco Hernández de Córdoba.

Rebelado éste contra Pedrarias, Hurtado, así como su compañero el después célebre Hernando de Soto, rehusaron seguirle, y se unieron al gobernador cerca de Chira (1526).

Aventurero impenitente, figuró también (1542) en la partida de Ruy López de Villalobos, capitán general de las islas de Poniente, dispuesta por el virrey D. Antonio de Mendoza.

Ocupado el puerto de la Navidad en el mar del Norte, pasó con los demás expedicionarios al valle de Ulancho, en el que, cayendo sobre ellos las tropas de 150 caciques, sucumbieron heroicamente Hurtado y sus compañeros.

*
**

Peralvarez Holguín, de Cáceres.

Contribuyó con su esfuerzo á la conquista del imperio peruano, cuyos buenos servicios recompensó el famoso Francisco Pizarro, nombrándole capitán general del Cuzco.

Asesinado éste, dicha capital aprovechando la ausencia de ella de Holguín, se sublevó en pro de la causa del joven Almagro.

Gómez de Tordoya y D. Pedro Portocarrero, partidarios de los Pizarros, corrieron á noticiar á Peralvarez (que andaba de conquistas en Choquiapo) tan importante novedad, y en breve empezaron á agruparse en torno del general cacereño todos los soldados leales al difunto marqués.

A su frente marchó Holguín al Cuzco, en donde entró en són de guerra, depuso á los dignatarios nombrados por los insurgentes, repuso en sus puestos á los destituidos por éstos, y volvió á reducir la ciudad á su obediencia.

Sabiendo que Vaca de Castro, comisionado por Carlos V para la pacificación de aquellos países, se hallaba en Popayan enfermo, le escribió poniéndose á sus órdenes, y con el fin de reunir to-

das las fuerzas fieles á la corona bajo una sola dirección, partió Peralvarez del Cuzco, con los trescientos soldados de que disponía, á reunirse con Alonso de Alvarado, otro general de Pizarro, que se hallaba en la parte norte del Perú.

Almagro el joven se percató bien pronto de lo interesante que le era vencer por separado á los dos caudillos, y corrió á los alcances de Holguín con fuerzas triplicadas.

Mas Holguín condujo las suyas con tal diligencia y pericia, que quedó burlado al persecutor, citándose esta marcha como modelo de estrategia en los anales de las guerras americanas.

Y logró sumar sus fuerzas con las de Alvarado junto al puerto de Huaura.

Pero el carácter de Holguín era algo díscolo, y como pretendiese, cual Alvarado, ser el general en jefe del ejército imperial, surgió entre ellos la inevitable rivalidad, que llegó hasta el punto de provocar un desafío entre ambos capitanes.

Vaca de Castro con su exquisita diplomacia lo evitó, y hasta logró reconciliar á los dos antagonistas, después de haberles manifestado ser él el llamado á asumir la jefatura como delegado regio.

En marcha las huestes, hallaron á las de Almagro en las llanuras de Chupas. La acción que se empeñó fué reñidísima y sangrienta.

Vaca triunfó; pero perdió en ella á Holguín, que mandaba el ala izquierda de su ejército, á cuyo cadáver dió solemne sepultura en Guamanga, sobre la cual colocó como trofeo las rotas banderas cogidas al enemigo.

* * *

Alonso de Cáceres, de Alcántara.

Acompañó á Francisco Montejo, adelantado de Yucatán y gobernador de Honduras, á estas provincias en 1539.

Acababa de gobernarlas Pedro de Alvarado, cuya administración fué desdichadísima, no sólo para los intereses del fisco, sino para la tranquilidad social de ellas.

Así que las abordaron Cáceres y Montejo, éste envió á aquél al valle de Comayagua á que lo sosegase y pacificase, como lo hizo, poblando en él una villa que denominó Santa María de Comayagua.

Auxilió después en Panamá y en el Perú á las tropas reales, como capitán de caballos, en las revueltas suscitadas por Francisco Hernández Girón.

Fué regidor de Santa Marta, corregidor de Arequipa, y andando el tiempo adelantado de Yucatán.



Diego de Sanabria y Calderón, de Trujillo.

Era hijo de Juan de Sanabria, nombrado en 1547 adelantado del Río de la Plata, con obligación de fundar dos pueblos en aquella provincia; mas estándose aprestando para el viaje falleció, y en su lugar fué nombrado adelantado su hijo Diego (1549).

No pudo hacerse éste á la vela para ultramar tan pronto como se le prevenía, pues hasta 1552 no le fué dado despachar para su gobierno tres navíos, en los que partieron su madre y dos hermanas.

Él quedó en la península ultimando los negocios que tenía pendientes en ella.

Todavía se demoró por acá más de dos años, con lo que dió motivo á que se nombrase otro funcionario en su lugar, nombramiento de que no tuvo

noticia hasta que arribó al puerto de Cartagena de Indias.

Saber tal novedad y volver á embarcarse para España, fué todo uno.

¿Y á qué?...

Carecía de influencia en la corte, su peculio se había agotado, y no consiguió otra cosa que los que pretenden en condiciones tales.

Perder el tiempo y la paciencia.

Convencido de que machacaba en hierro frío, tornó á atravesar el Océano en busca de su familia, é impetrando el favor de algunos paisanos influyentes, se estableció en el Perú, en donde se dedicó á la explotación de minas, muriendo en el Potosí.

*
*
*

Hernando de Trejo, de Trujillo.

Marchó en la expedición despachada para América por su paisano Diego de Sanabria en 1552 con la madre y hermanas de éste.

Y como durante la travesía todos eran ocios, y el amor se había escondido sin duda en alguna escotilla de la nao, hizo de las suyas, y el corazón de Trejo y el de una de las hermanas de Sanabria quedaron mal feridos por la misma flecha.

La Iglesia bendijo bien pronto esta mutua conquista, y Diego, desde que se unió indisolublemente con la hija de Juan de Sanabria, se consideró heredero de su suegro en muchas de las preeminencias otorgadas á éste, prescindiendo de las conferidas á su cuñado.

Al año siguiente de arribar á la Argentina fundó un pueblo en el puerto de San Francisco, entre la Cananea y Santa Catalina.

Mas á poco de erigirlo lo abandonó, y se trasladó con su familia á la Asunción.

Tratando de fundar el otro pueblo á que su suegro se había obligado, se embarcó para Santa Catalina, é internándose en el país, anduvo buscando sitio á propósito para erigirlo.

Más una serie no interrumpida de malandanzas y sinsabores, le obligaron á regresar á la Asunción, azotado y sin blanca, como vulgarmente se dice.

El gobernador Domingo de Irala, indignado de que hubiese abandonado el pueblo que anteriormente había fundado,—necesario para contener los progresos de los portugueses y mantener las comunicaciones con España por la costa del Brasil,—lo redujo á prisión.

Súpolo el rey católico y lo mandó soltar.

Y á partir de este acontecimiento, no se vuelve á tener noticias de su destino.



Hernando de Osma, de Cáceres.

Esforzado paladín que á haber nacido siglos antes, hubiera podido figurar dignamente entre los *Caballeros de la Tabla redonda*.

De extraordinarias aptitudes para afrontar lances personales, placíale medir sus armas en particular combate con los jefes enemigos.

En el sitio de Tlascala tuvo singular desafío con un valiente cacique de aquella ciudad, al que dió muerte.

Quitóle espada y penacho y se dirigió á Cortés que había estado presenciando el lance, y á quien se los ofreció; mas el general le dijo devolviéndoselos:

—*Nadie es digno de trofeo tan bien ganado como vos: recogedlo y conservadlo.*

Durante el sitio de Méjico tuvo idéntica lid con otro indio principal, de la que salió tan airoso como de la librada con el tlascaltés.

Servía en el cuerpo de ejército mandado por Gonzalo de Sandoval, y se distinguió especialmente en las batallas de Guastepec y Capistlan, habiendo salido herido en esta última.

Se ignora si volvió á su patria ó si asentó en el país conquistado, como hizo la generalidad de los que á él marcharon.

*
**

Diego de Orellana, de Trujillo.

Persona de la mayor confianza del gobernador de Cuba Diego Velázquez, fué encargado por éste de la custodia de Hernán Cortés, cuando el joven metelinense, simple hidalgo, si bien ya bastante acaudalado, rehusó contraer matrimonio con doña Catalina Suárez,—hermana de la combleza de Velázquez,—á la que había dado palabra de casamiento.

Cierto día acudió Orellana á la jaula y halló que el pájaro había volado, por lo que corrió á participar tal novedad al gobernador; mas cuál no sería su asombro al ver á éste acostado en compañía de Cortés.

Hechas las paces entre estos dos caballeros y designado el extremeño para general de la escuadra que preparaba Velázquez para la conquista de Tierra Firme, Orellana se alistó con consentimiento de aquél en las banderas de Cortés, y con él estuvo en la campaña contra los aztecas.

Pero descontento de las recompensas alcanzadas

ó persiguiendo otras mayores, pasó luego al Perú á participar de las prodigalidades de sus paisanos los Pizarros.

Se le encuentra entre los prosélitos de Gonzalo, cuando éste se alzó en armas contra el gobierno de la metrópoli; y más tarde lo vemos figurar entre los 417 procesados, en la causa que tras el vencimiento de Xaquixaguana, incoó y falló el Lic. Cianca por delegación de la Gasca.

*
*

Francisco Hernández de Cáceres, conocido en las historias por los apellidos de *Hernández Girón*, de Cáceres.

Es indudable que en los primeros repartimientos que se hicieron en el Nuevo Mundo, presidió un espíritu poco equitativo, hijo de las circunstancias.

Para el aventurero que no pensaba arraigar en aquellos remotos climas, valió mil veces más un puñado de oro que venir á compartir con su abandonada familia, que la provincia más feraz y productora; y todos prefirieron una pella del preciado metal, por insignificante que fuese, á las más extensas y pingües posesiones territoriales.

Mas por aquel vulgar axioma de que el que re- parte es el que sale siempre ganancioso, el oro quedó entre las manos de los más señalados capitanes, adjudicándose á los otros predios rústicos y urbanos y hatos de indios de suyo perezcosos y poco habituados al trabajo.

Y ocurrió lo que era de esperar; que ardiendo éstos como aquéllos en deseos de tornar á la lejana patria, procuraron esquilmar la tierra para enriquecerse en poco tiempo, á costa del trabajo per-

sonal de los indios, á quienes se exigía más que á bestias de carga.

Efecto de tan inusitadas faenas, sucumbieron casi todos los indígenas, sobre todo en ciertas comarcas, y para bien pronto se previó la total destrucción de aquella raza en los territorios conquistados.

Doliéronse de ellos la Iglesia y las justicias de allende el Atlántico, y representaron á los monarcas la falta de caridad con que eran tratados aquellos infelices.

Los reyes dictaron disposiciones poniendo cortapisas á tantas demasías; y se abolió el trabajo personal de los indios; se prohibió que se les dedicase á la explotación de minas; se tasaron los tributos con que debían acudir á los patronos; y no se consintió contratación alguna de servicios entre los naturales y los conquistadores, que no pasase por ante las justicias reales.

Como con estas ordenanzas se atacaba tan rudamente los intereses de los grandes propietarios, exigían, para hacerlas aceptables á éstos, gran tacto y prudencia, amén de cierta equitativa gradación, por parte de los encargados de aplicarlas.

Pero brillaron por su ausencia tan indispensables condiciones en los intérpretes y ejecutores de la regia voluntad, y el conflicto surgió inmediatamente.

Primero hubo pedimentos escritos; después protestas: siguieron las manifestaciones al aire libre; y por fin saltaron acá y acullá chispazos sediciosos.

Alguno de los cabezas de motín, como Luis de Vargas, pagó con la cabeza su osadía; pero su muerte no sirvió de escarmiento, porque como la conmoción era más social que política, sus raíces eran por demás profundas y resistentes.

La revolución permanecía latente en el espíritu popular, y sólo esperaba para manifestarse, la aparición de un capitán de prestigio que se pusiese al frente del movimiento.

Este no se hizo aguardar y surgió en escena; llamábase Francisco Hernández Girón, y las gentes acomodadas y las que á su sombra vivían, vieron desde luego en él la salvaguardia de sus intereses.

¿Quién era este caudillo?

Un hidalgo muy valiente, muy rico y sobrado pródigo con la soldadesca, que adoraba en él merced á su munificencia.

Después de haber servido con los Pizarros y Bernalcázar, se había avecindado, como otros muchos cacereños, en el Cuzco, en donde le había cabido tan pingüe repartimiento, que sus productos no bajaban de 20,000 pesos de oro anuales.

De carácter violento y quisquilloso, se indispuso con Gonzalo Pizarro y se puso de parte del virrey Blasco Núñez Vela, que lo nombró su teniente general.

Vencido éste por Gonzalo, Girón anduvo de mal quebranto, hasta que llegó al Perú el Lic. Pedro de la Gasca, al que se unió y cuya caballería mandó en la memorable batalla de Xaquixaguana, donde se eclipsó para siempre la brillante estrella del intrépido trujillano.

Dos tentativas de rebelión en pro de los menoscabados derechos de los propietarios de indios, le habían valido ya en 1551 otros tantos procesos, con la prisión correspondiente; y hubiera pagado caras tales aventuras, á no haberle tendido su mano protectora el virrey D. Antonio de Mendoza.

Por estos y otros desahogos, la gente de toga de la Real Audiencia de Lima no lo miraba con

buenos ojos, y aunque blanda á las insinuaciones privadas del virrey, atisbaba oportunidad de hacer sentir al trasgresor todo el rigor de la ley.

La ocasión no se hizo esperar, y hasta puede decirse que por partida doble.

Se había constituido Hernández fiador de su suegro Alonso de Almaraz, tesorero de Hacienda en la ciudad de Lima, por la suma de 25,000 pesos; mas alcanzado éste en sus cuentas, se había procedido contra los bienes del fiador, amenazando seriamente su patrimonio.

Además, la Audiencia de Santa Fe de Bogotá había exhortado á la de Lima, para que citase de comparecencia ante aquélla al mismo Francisco Hernández, á estar á derecho con los herederos de Jorge Robledo, gobernador que fué de la provincia de Choco y Antioquia, quien habiéndose rebelado contra el gobierno constituido, fué perseguido, alcanzado y muerto por Girón, destacado contra él por el general Sebastián de Benalcázar.

Parece que habiendo sido inmolado Robledo por traidor, no debía su muerte ser motivo de acusación contra el que lo mató como leal; pero la familia del difunto era poderosa en Bogotá, la curia togada asaz complaciente, por no decir prevaricadora, y haciendo de lo negro blanco, logró enredar á Francisco Hernández en un proceso.

Los oidores exhortados se frotaron las manos de gusto. ¿Quién valdría ya al malquistado reo contra tanto entredicho?

¡Hasta la parca parecía conjurarse contra él, cortando el hilo de la vida del virrey su protector!

Persuadido Girón de lo crítico de su situación, agravada con la merma de las tres cuartas partes de sus rentas, por virtud de las *leyes de la tasa*, no

halló otra salida que izar tercera vez la bandera revolucionaria, y jugar el todo por el todo. Contaba con adeptos; su causa era la causa de la casi totalidad de los españoles naturalizados en el Nuevo Continente, y... ¡echó la carta!

Pero con mala mano.

Porque el acto iniciador de su campaña, no pudo ser más digno de anatema.

Espiraba el domingo 12 de noviembre de 1553, día que, á más de festivo, era de alborozo y satisfacción para las familias de Castilla y de Loaisa, de las más ilustres del Perú, que acababan de enlazarse, mediante el matrimonio de una sobrina de D. Baltasar de Castilla, con Alonso de Loaisa, sobrino á su vez del arzobispo de la ciudad de los Reyes.

Habiéndose velado en dicho día, festejaban con un suntuoso banquete tan grato acontecimiento en la ciudad del Cuzco, residencia de los contrayentes, en unión de las principales personas y autoridades de la localidad.

Y cuando el salón estaba más concurrido y animado; cuando la luz de las lámparas de plata rielaba en los aromáticos vinos que rebosaban en los vasos; cuando la alegría desbordada en el corazón de los comensales rutilaba en sus movibles pupilas... Francisco Hernández, espada en mano y seguido de treinta sañudos corifeos, gana la brillante estancia, y acometiendo con cruento encono á los desprevenidos circunstantes, atropella, hiere y mata á los que encuentra al paso.

Gritan las mujeres, ármanse los caballeros con sillas, bastones, cuchillos... con cuanto hallan á mano. ¡Todo en balde! Un tío de la desposada sucumbe á los golpes enemigos, el contador Juan

de Cáceres y el capitán Juan Alonso Palomino, caen también exánimes, acribillados á estocadas, es preso el corregidor Gil Ramírez Dávalos, y en breves instantes aquella mansión paradisiaca queda convertida en un asilo de dolor y de muerte.

Tras esta hecatombe inusitada, los asesinos espárcense por la ciudad, que aturden con clarines y atabales llamando á las armas á sus coligados; acuden éstos y Francisco Hernández se proclama *Procurador y Capitán general del Cuzco*.

En pocos días alista 900 hombres en sus banderas, procedentes de la misma ciudad del Cuzco, de Guamanga y de Arequipa, declara la guerra á las autoridades constituidas, sobre todo al arzobispo y á los oidores, y jura y perjura que ha de ser rey del Perú.

Es de presumir la fatídica resonancia que tendría tan nefasto acontecimiento en el país.

La Audiencia y el prelado unieron sus fuerzas, y dando el mando de las tropas al maestre de campo Pablo de Meneses, salieron en busca del rebelde.

Hernández recorrió las jurisdicciones de Guamanga, Jauja y Nuchacocha; recogió por doquiera provisiones, armas y soldados, y amenazó á Panamá, de donde nadie le salió al encuentro; mas no conceptuándose con fuerzas suficientes para tomar la plaza, decampó y se dirigió á Nasca, camino de Arequipa.

Por fin en el valle de Ica halláronse las huestes adversas... y Francisco Hernández derrotó á sus enemigos.

En Chuquinga, junto al río Abancay, tornó á batirlos; y no se tuvo ya por cosa improbable, que *el tirano* (como la gente oficial lo apellidaba) pudiese llegar á coronarse rey del Perú.

Mas como dice Campoamor,

Toda espada es de cera ante el destino,

y ya en la acción de Pucara le volvió el rostro la fortuna.

Entonces los oidores que iban con las tropas, otorgaron un indulto á los revoltosos que se pasasen del campo enemigo, asegurándoles vidas y haciendas, logrando con él que de los reales del rebelde desertasen dos ó tres de sus principales capitanes.

Con esta estratagema quedaron desequilibradas las fuerzas de ambos bandos, pues los défugos arrastraron consigo á los soldados que mandaban.

Francisco Hernández, obligado por esta contrariedad, se retiró; pero fué alcanzado en Jauja, en donde no sólo quedó derrotado, sino hecho prisionero.

Conducido á Lima fué decapitado el 7 de diciembre de 1554, *«é su cabeza puesta en el rollo desta ciudad é sus casas derribadas é sembradas de sal»*.

*
*
*

Francisco Cava, del partido de Alcántara.

Presúmese que fué á la Nueva España con Cortés, ó poco después de emprender la conquista de Méjico este célebre extremeño.

Pasando de unos á otros países, dió en el estado de Honduras, del que fué nombrado procurador.

Mas los españoles en él asentados eran pocos, y muchos y muy indómitos los indios sus naturales moradores.

Comprendiendo que de no ser socorridos su-

cumbirían aquéllos á manos de los indígenas, impetró Cava el apoyo de Pedro de Alvarado, gobernador de Guatemala, quien acudió en su ayuda (1536) con algunas compañías de soldados.

Metidos en domo los revueltos americanos, Alvarado nombró á Cava corregidor de la ciudad de Gracias á Dios, el cual no llevó muy en paz la vara simbolo del cargo, pues de carácter turbulento, no dejó de suscitar entorpecimientos y sinsabores á su paisano Francisco Montejo, que sucedió á Alvarado en el adelantamiento y gobierno de aquellos territorios.

*
**

Juan Rodríguez de Villalobos, de Cáceres.

Ignórase cuándo pasó á las Indias este hidalgo. Lo cierto es que figuró en la segunda expedición que Francisco Pizarro dirigió contra el imperio de los Incas, y que se halló en la tremenda sarracina de Cajamarca, lucrativo *espoliarium* para los vencedores.

Conquistada la gran ciudad del Cuzco, obtuvo en ella grandioso repartimiento tanto territorial como de indios, siendo el primer español que allí se estableció.

Y por cierto, que fué un vecino provechoso para el desarrollo de la riqueza agraria del país, pues á él le atribuyen las crónicas la primacía en labrar la tierra con bueyes, operación agrícola no conocida en aquél hasta entonces.

Paisano y amigo del revoltoso Francisco Hernández Girón, favoreció el levantamiento de éste, dolido de los perjuicios que las leyes sobre la emancipación de los indios y tasa de sus trabajos le habían ocasionado.

De modo que la causa defendida por Hernández era su propia causa.

Vencido éste, hubiera sufrido la misma suerte que los restantes partidarios, si su posición social no le hubiese permitido comprar su futuro sosiego, que le costó ocho mil pesos de oro.

Y tan cristiano como rico, fundó el convento de San Francisco en la ciudad de su residencia.

*
*

Pedro Ordóñez Flores, de Brozas.

Este varón fué freile de la orden militar de Alcántara y un verdadero sabio, cuyas letras lo elevaron á la rectoría del célebre colegio de su orden en Salamanca.

Desempeñando este honroso y elevado cargo, fué nombrado inquisidor en Lima, capital del Perú, en donde ejerció tal autoridad y acumuló en sí tales merecimientos, que habiendo vacado la sede arzobispal de Santa Fe, fué presentado para ocuparla en 15 de agosto de 1609.

Preconizado arzobispo de dicha diócesis, no tomó posesión de ella hasta 1613.

Murió al siguiente año, y en su testamento dispuso que en su pueblo natal se fundase un colegio de jesuitas, señalando los bienes que tuvo por conveniente para su creación y sustentación; pero no siendo bastantes á dicho fin, el colegio quedó sólo en la voluntad del testador.

*
*

Garci-Fernández de Paredes, de Cáceres.

Verdadero bohemio de las armas, este bravo

militar siguió desde bien joven las inspiraciones de Belona; y como España tenía siempre en aquellos tiempos pendiente alguna querrela á mano armada con otras naciones, Garci-Fernández no se halló jamás ocioso en el ejercicio de su marcial profesión.

Durante treinta años tomó parte activa en las guerras del Viejo continente, peleando sucesivamente en Flandes, Italia é Inglaterra, habiendo salido herido en ambas piernas de un balazo en la memorable batalla de San Quintín.

Práctico como el que más en tales lides, quiso saber cómo iba en América á los veteranos europeos, *et marchant toujours au hasard*, allá se trasladó con su tizona y sus pistolas.

Pronto reveló en el Nuevo Mundo su mérito como militar y como hombre formal y pundonoso.

Por entonces dió en recorrer las costas americanas de Poniente el célebre pirata Francisco Drake, saqueando é incendiando ciudades, robando los galeones que hacia España partían cargados de dinero, y aprisionando personas pudientes para obtener por su rescate crecidas sumas.

La Audiencia de Quito, para poner á su distrito á cubierto de tan temible corsario, nombró capitán general del mismo, á Garci-Fernández.

Y tanta diligencia y tan acertadas disposiciones adoptó el agraciado, que aseguró las costas de aquella provincia de las *razzias* y atropellos de aquel ogro marino.

*
* *

Francisco de Chaves, de Trujillo.

Paisano y amigo de los Pizarros, marchó con

ellos á los ricos estados bañados por el mar del Sur, y unió su suerte con tan indisoluble lazo á la de aquéllos, que bien puede decirse que las vicisitudes de tan famosos caudillos, fueron las suyas propias.

Con apuntar esto, no hay porqué repetir que se encontró en el bélico trance de la prisión de Atahuallpa; pero sí es de consignar, en honor á su memoria, que cuando en Cajamarca Francisco Pizarro citó á consejo á sus capitanes para decidir de la suerte del Inca, nuestro biografiado, así como su hermano Diego, fueron dos de los once consejeros que demostrando sentimientos humanitarios, se opusieron á que se diese muerte al prisionero, opinando que se remitiera cautivo á España, para que aquí fuese juzgado.

Mas eran pocos para contrarrestar la impaciencia de tanto militar famélico de las riquezas del encarcelado, que no encontraban recurso más expedito para apoderarse de ellas que quitar de en medio á su augusto dueño.

Como Chaves era una de las personas más apreciadas por el general, fué encargado por éste varias veces para que se avistase con los apoderados de Almagro, en los conatos de concordia habidos entre ambos personajes, para poner término á las disensiones civiles que por cuestión de primacía los tenía casi siempre malquistados.

También lo envió en socorro de su hermano Gonzalo cuando éste marchó al descubrimiento del país de la canela, viéndose obligado Chaves á hacer la guerra á los indios de Guanuco.

Y de ordinario solía sentarse á la mesa del marqués.

Cón este yantaba el domingo 25 de junio de

1551, cuando Almagro *el joven* y sus secuaces entraron en su palacio espada en mano, dando muestras á Pizarro.

Este mandó á Chaves que saliese á la antesala y cerrase la puerta, mientras él se vestía la armadura para salirles al encuentro.

Pero Chaves, no juzgando tan inminente el peligro, intentó parlamentar con los amotinados, de alguno de los cuales era amigo.

¡Valiente dique para un torrente desbordado!

A las primeras de cambio los almagristas, que iban resueltos á triunfar ó morir, lo pasaron de una estocada; y por si no era de las de *gracia*, lo arrojaron cabeza abajo por la balaustrada de la escalera, espirando á los pocos instantes, cuando también su protector y amigo sucumbía á los golpes de los cruentos sicarios.

*
*
*

Francisco de Chaves, de Trujillo.

Distinto del anterior, aunque paisano, contemporáneo y de su mismo nombre y apellido.

Adicto al mariscal Diego de Almagro, lo acompañó como capitán de caballos á la conquista de Chile.

Encendida la guerra civil entre el mariscal y los Pizarros, Chaves ayudó á aquél en el ataque y toma del Cuzco, en donde Hernando y Juan Pizarro cayeron prisioneros, y en la batalla de las Salinas en la que á su vez Almagro fué vencido y aprisionado.

Entonces fueron confiscados los bienes de Chaves, quien con este nuevo incentivo siguió el partido de Almagro *el joven*.

Perteneció á la compañía de los *caballeros de la capa*, y una vez llevado á cabo el asesinato de Francisco Pizarro, fué nombrado por el triunfante Almagro, gobernador militar de la ciudad de los Reyes, y formó parte del tribunal que condenó á muerte á Antonio Picado, secretario del inmolado marqués.

Mal avenido, así como otros sus compañeros, con la superioridad que en el ánimo de Almagro tenía Juan de Rada, se amotinó con sus amigos, é intimó á aquél para que escatimase á Rada tanta primacía.

Almagro, para atajar mayores disidencias, ordenó á Rada que arrestase á Chaves, al que á las pocas horas hizo degollar por insubordinado.



Alonso Bravo de Montemayor, de Alcántara.

Este esforzado militar asentó en la ciudad de Santa Fe de Bogotá, y fué capitán de infantería de sus tropas en la guerra que sostuvo con los indios pijaos.

Después fué maestre de campo de don Pedro Maraver de Silva en la conquista de la Nueva Extremadura.

Nombrado luego jefe de las fuerzas que guarnecían la plaza de Cartagena de Indias, se vió sitiado por Francisco Drake, contra el que tuvo que defenderla.

Mas el terrible pirata, con mayores fuerzas que las de la guarnición, tomó la ciudad, después de sangriento combate y de haber quedado inutilizados en su defensa el puñado de soldados que la guarnecían.

Alonso Bravo, que multiplicándose en los sitios de peligro había hecho prodigios de valor, desfallido por la pérdida de sangre que brotaban cinco heridas recibidas en el fragor de la pelea, cayó en poder del corsario, que más que cautivos buscaba dinero.

A todos los aprisionados señaló precio para si querían rescatar la libertad, fijando en seis mil pesos de oro la de Bravo.

Mas al hacerle éste entrega de tal suma, el célebre corsario, que admiraba á los valientes, teniendo en la memoria el denuedo y bizarría con que el prisionero había mantenido su puesto de honor, y los actos de intrepidez de que el propio Drake había sido testigo, le hizo gracia de mil pesos, tomándole solamente cinco mil.

Este hecho habla más alto en pro de Alonso Bravo, que cuantas alabanzas le prodigaron sus parciales y compatricios.

♦♦

Diego García de Paredes, de Trujillo.

Sus primeros hechos de armas los libró contra las tropas incásicas en el territorio peruano, y después en el país del Arauco.

Volvió de éste al Perú; mas disgustado de las rencillas civiles que desgarraban aquel rico país, marchó á la conquista de Venezuela, en donde demostró sobradamente que con el nombre había heredado el valor y la pujanza de su padre el celeberrimo *Sansón extremeño*.

Con 70 soldados de infantería y 12 de á caballo sometió el territorio de los tuicas, y fundó cerca de Escuque una población que denominó Trujillo,



nombre que enemigas y trastornos posteriores cambiaron y volvieron á confirmar varias veces.

De carácter quisquilloso y desabrido, chocaba frecuentemente con los gobernadores de aquellas provincias que no suscribían á sus exigencias, de suerte que no admitiendo tibiezas ni términos medios, fué ó el tutor ó el fantasma de aquéllos.

Mas invadido el Tocuyo por las tropas del despótico y cruel Lope de Aguirre, el común peligro zanjó querellas y unió á Paredes con el general Gutiérrez de la Peña y el gobernador Pablo del Collado sus antagonistas.

El último escribió á Diego García una carta dándole satisfacción de ciertos agravios, é impetrando á la vez su ayuda para rechazar á Aguirre. Este se dió por satisfecho, y acudió al llamamiento; pero otro móvil que el de sacarlo del apuro, lo impulsó á pactar la tregua.

Paredes y Aguirre habían sido compañeros de armas, bajo el mando de Pedro de Ursúa, conquistador de las Omeguas, el cual fué víctima de una conjura tramada por Aguirre, quien después de asesinarlo se erigió en jefe de la mayor parte de sus tropas.

Indignado Paredes, que era grande amigo de Ursúa, se separó de Aguirre y juró vengar la muerte de aquél.

La ocasión, pues, se le venía á las manos, y aceptando el puesto de maestro de campo que Collado le ofreció, y aviniéndose á operar bajo las órdenes de Gutiérrez de la Peña, nombrado capitán general de las tropas levantadas por el gobernador, corrió en busca de Aguirre.

Muchos de los soldados de éste, conocidos de Paredes y hartos del despotismo y barbaridades *del*

tirano (como llamaban á Lope) se pasaron al campo del trujillano, quien apretando con su odiado enemigo en el Tocuyo, lo derrotó, y cogiéndolo prisionero lo mandó decapitar (1561).

Vino después de estos sucesos Diego García á España, y el rey, premiando sus servicios, lo nombró capitán general de Popayán.

Al volver á América (1563), un fuerte temporal lo arrojó á las costas de Catia, en cuyo país, inquiriendo noticias de su amigo Luis de Narváez, fué víctima de las asechanzas del cacique Guanangueta, que en un festín que había preparado en su honor, cayó sobre él y sus compañeros con inmensa muchedumbre de indios armados, dando muerte al general y á su séquito á flechazos.

* *

Francisco de Sande, de Cáceres.

Fué caballero de la orden de Santiago y persona peritísima en la ciencia del derecho, por cuyo mérito S. M. le encomendó el conocimiento de los litigios que en América tenía pendientes el marqués del Valle, sucesor de Hernán Cortés.

Partió, pues, al Nuevo Mundo y en él desempeñó sucesivamente los cargos de fiscal, alcalde de Corte y oidor de la Real Audiencia de Méjico.

Tan buena cuenta dió de su cometido, que el rey le nombró gobernador de las islas Filipinas, para donde hizo rumbo en 1575.

Así que se posesionó de su gobierno, pacificó la levantisca provincia de los Camarines, que andaba revuelta é inobediente, en la cual fundó, por mediación de su capitán Pedro de Chaves, una ciudad que en memoria de su patria denominó *Nueva Cá-*

ceres, designada desde luego como capital de aquel distrito.

Hostigados los súbditos del rey católico por los soldados del soberano de Borneo, pertrechó Sande sus naves y salió en busca de la flota de dicho monarca, á la que venció y apresó, sometiendo al propio régulo por la fuerza de las armas al vasallaje del rey de Castilla.

Nombrado después presidente de la Audiencia de Guatemala, volvió á las Indias Occidentales á desempeñar tan elevado cargo, desde el cual fué trasladado á la presidencia de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, con nombramiento de gobernador y capitán general de aquel estado (1597).

Felipe II que lo contaba en el número de sus escogidos é intachables servidores, le otorgó privilegio de llevar guión delante de sí por donde fuera.

Pero tenía un carácter tan rígido y austero (á cuya condición debió tal vez el aprecio y distinción del tétrico monarca), que las gentes sus gobernadas, no encontrando en los fastos judiciales un sacerdote de Némesis bastante famoso por su inflexibilidad con quien compararlo, lo designaron con el gráfico apodo de *el doctor Sangre*.

V

Además de los caballeros antes biografiados, partieron y sirvieron en el Nuevo Mundo:

Lorenzo de Ulloa, de Cáceres.—Era señor de Malgarrida, caballero de los más encopetados de su villa natal, y uno de los poquísimos que teniendo en la península riquezas y consideración, abandonaron unas y otra para ir á participar de las malandanzas del aventurero en el Nuevo Mundo.

¿Cuándo emigró á él?

Lo ignoro; pero ya en 1523 lo encuentro entre los capitanes de Garay, gobernador de la Jamaica, cuando acometió la desgraciada conquista de Pánuco.

Hernán Cortés se opuso á esta empresa, y Garay no contando con fuerzas suficientes para llevar adelante su proyecto, transigió con aquél... y al día siguiente de firmadas las estipulaciones, falleció.

Ulloa entonces obligado á abandonar aquellos

países, por revoltoso, se alistó en las banderas de Cristóbal de Olid, que iba á conquistar la provincia de Honduras, de orden de Cortés.

Rebelado contra éste aquel caudillo, perseguido y muerto por los capitanes de Hernán, Ulloa se trasladó al Perú, cuya conquista comenzaba, y allí figuró con sus paisanos en las guerras que devastaron tan pródigo país.

Juan Prieto de Orellana, de Trujillo.—Jurisconsulto recto y pundonoroso, que partió á América con el cargo de visitador de la Chancillería de Santa Fe de Bogotá, cuyos alcaldes y oidores tenían escandalizado á todo el continente con sus prevaricaciones y desafueros.

Mas á pesar de su buen deseo, el trujillano corrector no logró meter en cintura á aquellos avarientos é indomables togados, y volvió á la península á dar cuenta de lo mucho y vituperable que pasaba en aquel *asilo de la justicia*.

Pero aquellos mal llamados jueces tenían poderoso arraigo en la corte, y Prieto se halló convertido de acusador en acusado.

No formulaba un cargo que, como el dardo de Procris, no se volviera contra él, ni proponía un correctivo de que no se le hiciese merecedor.

Por remate de tantos disgustos fué reducido á prisión, pues se acumularon contra él las culpas de sus influyentes visitados, y murió de pesadumbre en la cárcel de Madrid.

Bernardino de Coria, de Coria.—Soldado de Diego Velázquez, que alistándose en las compañías de Cortés, pasó con éste á la conquista de la Nueva España.

Quejoso de no haber obtenido del conquistador del país de los aztecas suficiente recompensa, se

conjuró con otros descontentos para abandonar á sus compañeros de armas y volverse á Cuba.

Pero arrepentido de sus propósitos, reveló el *complot* al general, quien lo perdonó en gracia de la revelación, castigandó severamente á los demás.

Luego pasó con el capitán Diego de Mazariegos á la conquista de Chiapa (1528), en donde tomó vecindad y fué nombrado regidor.

Juan de Villarroel, de Alcántara.—Era hermano de Antonio de Villarroel, el descubridor de las minas del Potosí, y partió á las colonias con Ovando, que le dió repartimiento en Salvaleón de Higüey.

Pero ansiando mayor fortuna, abandonó su nueva casa y hacienda y se trasladó al Perú.

Desde aquí pasó á la conquista de Chile con Valdivia, midiendo gloriosamente sus armas con los soldados de Caupolicán, el héroe araucano, como lo atestigua Ercilla en su inmortal poema.

Por último se interesó en las empresas explotadoras de su hermano, y se le tiene por fundador de la ciudad del Potosí, de la que fué primer gobernador.

El capitán Higuero, de Cáceres.—Al partir para las Indias ya tenía en España dicha graduación. Mas como en el gobierno de aquellas posesiones ultramarinas tenía gran mano el contador Alonso de Estrada, íntimo amigo suyo, allá marchó á hacer dinero.

En cuanto entró en Méjico, Estrada le encomendó la pacificación de los indios zapotecas, y á la cabeza de cien soldados tomó el camino de Guajaca.

Como jefe de aquella empresa, ordenó al capitán Alonso de Herrera, que al frente de otro destaca-

mento inferior en número recorría aquellas poblaciones, que se le uniese para operar á sus órdenes.

¡Quién dijo tal! Herrera vino adonde Higuero lo había citado, pero fué para emprenderla con él á cuchilladas.

Resultado: que de tan inesperado lance quedó manco el cacereño.

Mientras convalecía de la amputación que le hicieron, tuvo noticias de ciertos enterramientos de metales y piedras preciosas hechos por los indígenas, que representaban, según decían, sumas fabulosas.

Y dándose más prisa en escarbar la tierra que en buscar á los revoltosos zapotecas, vió colmados sus sueños de oro, pues acaparó en pocos días hasta cien mil pesos del ansiado metal, amén de muchas y valiosas alhajas.

Dueño de tal tesoro, dejó la pacificación de los indios para capitán más necesitado, y tornando á Méjico y despidiéndose de Estrada, embarcóse para España.

Mas no distante de Veracruz se emborrascó el Océano, y abriendo sus insondables fauces, se tragó en un momento con el buque al capital y al capitalista.

Diego de Chaves, de Trujillo.—Hermano de Francisco y muy afecto de Pizarro, fué con aquél uno de los once capitanes que en el consejo habido para decidir de la suerte de Atahuallpa, ya prisionero, se opuso á que se quitase la vida á éste.

Terminada la guerra de conquista contra los incas é iniciada la civil entre los conquistadores, siguió batallando al lado de los Pizarros.

Ya veterano se alistó en las filas del rebelde Francisco Hernández Girón, al que ayudó en las acciones de Ica y Chuquinga.

Mas comprendiendo que aquellas revueltas tocaban á su fin, trató de asegurar su porvenir, y después de la batalla de Pucara se pasó á los reales de la Gasca.

Diego de Camargo, de Plasencia.—Servía con Francisco de Garay, gobernador de la Jamaica, cuando éste en 1519 intentó la conquista de la provincia del Pánuco, en la costa oriental de Nueva España.

Durante la jornada no hubo elemento que no se conjurase contra ellos.

Agotadas las provisiones, el gobernador, confiado en el valor y prudencia de Camargo, le ordenó que avanzase por aquel inhospitalario país, á recoger vituallas, aun á costa de la vida.

Partió el capitán placentino á los contornos; pero los indios de Chila, en número desproporcionado le salieron al encuentro, los mataron, los despellejaron, y colgando las pieles en sus templos como trofeo de la victoria, comiéronse la carne en antropofágicos festines.

Alonso de Toro, de Trujillo.—Su existencia estuvo siempre consagrada al servicio de los Pizarros.

Cuando Gonzalo perseguía al inca Manco Capac, el marqués su hermano, viéndole comprometido, envióle un buen socorro al mando de Toro, que le ayudó á vencer al enemigo junto á la laguna del Chinchero.

En las guerras civiles prestó eficaz auxilio al mismo Gonzalo contra sus enemigos, por lo que éste lo nombró su maestro de campo.

Persiguió hasta la ciudad de la Plata al capitán realista Diego Centeno.

Mandó ajusticiar á muchos enemigos de Gon-

zalo en el Cuzco, de cuya ciudad fué nombrado gobernador.

Mas un día se enredó en disputas con su suegro, quien cerrando con él lo cosió á puñaladas.

Pero Alonso, de Aldeacentenera.—Desde Panamá acompañó á Francisco Pizarro en sus primeras expediciones á la América de Sur, y fué uno de los 13 aventureros que en la isla del Gallo pasaron tras aquél la línea que había trazado en la arena, cuando acosados por el hambre y la incertidumbre de su destino, Pizarro y los suyos fueron requeridos de parte de Pedro de los Rios, gobernador de Castilla del Oro, para que volviesen á la capital del istmo.

Pizarro, que no olvidó jamás la adhesión de aquellos trece soldados en el trance más crítico de su vida, pidió gracia para ellos, y la reina en las capitulaciones de 26 de julio de 1529, los hizo á todos hijosdalgo.

Sojuzgado el imperio de los incas, Pero Alonso que había contribuido á ello con su esfuerzo, se avecindó en el Cuzco, obteniendo muy luego la vara de alcalde de tan preclara ciudad.

Gómez de Solís, de Cáceres.—Desde luego se le encuentra en el Perú, tomando parte muy activa en su conquista, y desempeñando á la vez el cargo de mastresala de Pizarro.

Enriquecido con los despojos de aquel vasto imperio, tomó vecindad, como tantos otros cacereños, en el Cuzco; y de carácter inquieto, no cesó de bullir en el dédalo de intrigas que malquistó entre sí á los soldados peninsulares.

Cuando el virrey Blasco Núñez llamó á sí á los capitanes leales á la corona, Solís acudió á favorecer á su representante.

Muerto el virrey, lo vemos figurar de nuevo entre los adictos á Gonzalo, quien lo designó para que en unión de Lorenzo de Aldana viniese á España á justificar sus desafueros; mas de condición tornadiza, en Panamá volvió la casaca é ingresó en el séquito de la Gasca, á cuyo lado se halló, como capitán, en la batalla de Xaquixaguana, en donde se derrumbó el omnímodo poderío de Gonzalo.

Juan Pizarro, de Trujillo.—En tiempos de don Nicolás de Ovando se le encuentra avecindado con buen repartimiento de indios en San Juan de la Maguana. Más tarde figuró entre los compañeros de Cortés, en Nueva España.

Este lo mandó á buscar oro, á la cabeza de un fuerte destacamento de soldados, á las provincias de Tustepec y Chinanta.

Y á poco se halló al frente de 60 soldados en el vencimiento y prisión de Pánfilo de Narváez.

Rodrigo Palomeque, de Alcántara.—Sirvió á la causa del rey Felipe II en las revueltas del Perú durante doce años, cuyos buenos oficios premió S. M. haciéndole merced de un juro de renta muy considerable.

Antonio de Chaves, de Trujillo.—Como la mayoría de sus paisanos, hizo palenque de sus hazañas los territorios bañados por el mar del Sur.

Asesinado Francisco Pizarro, obtuvo del monarca el nombramiento de gobernador de Cuba.

Y de tal suerte se portó en su gobierno, que dejó tras sí grata memoria en sus administrados, principalmente por haber dotado á la Habana de aguas, encauzando y dirigiendo convenientemente las del río Casiguaguas, para cuyos gastos creó sobre los comestibles un arbitrio denominado *sisá de la zanja*.

También le es deudora la humanidad de la total emancipación de los esclavos indígenas de dicha isla.

Esteban Barrantes, de Alcántara.—Era hermano de Garci-Fernández, y como éste acompañó á Colón á la conquista de la Isabela.

Defendió con la misma decisión que su agnado la causa del insigne genovés contra los sediciosos Roldán, Moxica y demás perturbadores del suelo haitiano.

Nombrado Ovando gobernador de la Española, púsose á sus órdenes y le prestó buenos servicios.

Alonso de Mendoza, de Garrovillas.—Capitán amigo de Velázquez que desde la Fernandina marchó con Garay á la Jamaica. Acompañó á éste á la conquista de Pánuco, mas desgraciándose la jornada, se acogió á la villa de Santisteban del Puerto, de donde fué arrojado por perturbador y sedicioso. Luego corrió al Perú y allí tendió banderas, mezclándose en los disturbios que ensangrentaron aquel suelo privilegiado.

Juan de Carvajal, de Plasencia.—Era sobrino del obispo D. Gutierre, y se sentía poseído del mismo espíritu emprendedor que este prelado.

Emigró, pues, al Paraguay, en la flota que condujo á dicho país al adelantado de la Asunción Alvar Núñez Cabeza de Vaca, al que ayudó en su trabajosa empresa de conquista.

Mas no estaba llamado á disfrutar de los laureles de la victoria, y murió de un flechazo en la garganta peleando con los indios payaguas.

Juan Pizarro de Orellana, de Trujillo.—Apellidándose Pizarro, no hay que preguntar qué suelo fué á explotar. Favorecido por los de su linaje, después de ayudarlos en la conquista del imperio

del Cuzco, fué nombrado regidor de la ciudad de los Reyes.

Pero acometido por la nostalgia de la patria, tornó á ella después de acaparar un tesoro inmenso, parte del cual lo adquirió en el saqueo del gran templo del Sol de la corte peruana.

Gerónimo de los Nidos, de Cáceres.—Midió sus armas con los soldados de Atahuallpa en cuantas ocasiones las cruzaron las huestes españolas con las del inca; mas cuando éstas iban ya de vencida, abandonó las filas de Marte para ingresar en el gremio de Pluto, y avecindándose en el Cuzco hizose minero.

Y prosperó más con el crisol que con la espada; pues según las relaciones oficiales de la fundición, en solos cuarenta días se le trabajaron en ella minerales que le produjeron 4,968 pesos de oro y 669 marcos de plata.

A este paso llegó á ser uno de los capitalistas más fuertes de aquellas comarcas.

Gonzalo Suárez, de Alcántara.—Primero sirvió en Italia, y de aquí partió al Nuevo Continente como más propicio á medros y grandezas.

Fué uno de los descubridores y conquistadores del Nuevo Reino de Granada, y á él se debe la fundación de la ciudad de Tunja en 1536, así como la población de los territorios existentes por bajo del río de la Hacha.

Defendió las costas de Venezuela de las pirateñas de los franceses; se halló en la batalla en que fué vencido y muerto el tirano Lope de Aguirre, y murió siendo gobernador de dicha provincia.

Francisco de Lizaur, de Brozas.—Partió á la Española en calidad de secretario de su paisano el gobernador D. Nicolás de Ovando.

Obtuvo después el cargo de contador de la Real Hacienda en San Juan de Puerto-Rico.

Y por fin, pasando con Pedrarias á la conquista de Panamá, asentó ya rico y entrado en años en Nueva Granada.

Juan de Sandoval, de Trujillo.—Fué este militar de los que supieron agenciarse un capital (que le rentaba 15,000 pesos de oro ánuos) y conservarlo á través de las revueltas que incesantemente promovieron sus paisanos en el imperio de los incas.

Comprendiendo que tarde ó temprano la causa real había de resultar triunfante, y no pudiendo esquivar su concurso á uno ú otro bando, cuando Gonzalo Pizarro se alzó en armas contra el virrey Núñez Vela y el presidente La Gasca, se unió á éstos, habiendo figurado como capitán de una de las compañías del último en la batalla de Xaquixaguana.

Después fué agraciado Sandoval con el corregimiento de la ciudad de las Charcas.

Gonzalo de los Nidos, de Cáceres.—Como su pariente Gerónimo, lidió con los Pizarros hasta someter al dominio de los reyes de Castilla los estados de Atahuallpa.

Luego se estableció en el Cuzco y se dedicó á la explotación de minas.

Siguió á Gonzalo Pizarro en sus bélicas y rebeldes empresas, y cayó en poder de La Gasca en la derrota de Xaquixaguana, siendo condenado, en el proceso que se formó contra los partidarios de aquél, á que se le sacase la lengua por el colodrillo.

Sancho de Avila, de Garrovillas.—Marchó á América próximamente cuando Ovando, si es que no partió en su compañía.

En el territorio haitiano logró reunir 6,000 pesos de oro, y satisfecho con tal suma, vino con ella á la península. Pero asaz jugador y manirroto, pronto quedó sin blanca.

Y en busca de otro tanto tornó á América.

¡Como si la fortuna repitiese!

Arribó á Nueva España y no dejó de trabajar... pero ya no encontró en aquel país sino cien flechas que tomándolo por blanco pusieron fin á su existencia.

Andrés de Villarroel, de Alcántara.—Era hermano de Antonio y Juan y como estos fué á dar en el Perú. Aparejada la expedición de Valdivia contra los araucanos, allá marchó con este valeroso general, del que fué muy amigo, y al que ayudó, tanto en los hechos de armas contra los indios, como en la fundación de varias villas y ciudades.

Grandes merecimientos había ya acumulado en su persona por su valor y bizarría, cuando la Parca le salió al encuentro en la batalla de Tucapel, en la que acribillado de heridas exhaló el postrer suspiro, momentos antes de caer prisionero y ser muerto por los araucanos el mismo Pedro de Valdivia.

Martin de Logrosán, de Logrosán.—La suerte de este militar corrió pareja con la del cacereño Pedro Corvacho.

Fueron los dos soldados que de la provincia acompañaron á Colón en su primer viaje.

Quedó también en el fuerte de la Navidad á las órdenes de Rodrigo de Arana, y como todos sus compañeros sucumbió al poder de los haitianos, víctima de su sed de oro y su brutal concupiscencia.

Alonso de Loaisa, de Trujillo.—Era sobrino del primer arzobispo de Lima, y capitán de las tropas peruanas.

En las bodas de este caballero con una sobrina de D. Sebastián de Castilla, celebradas en el Cuzco, fué donde el cacereño Francisco Hernández Girón alzó el grito de insurrección que tanta sangre y tantas lágrimas costó á los convidados á la fiesta nupcial y á los estados peruanos, según en la biografía del insurrecto se refiere.

Antonio de Ulloa, de Cáceres.—Acreditado capitán en la conquista del Perú, cuyo carácter inquieto lo hizo figurar con extraordinario resalte en las contiendas civiles posteriores.

Formó en las filas de Gonzalo Pizarro, en la batalla de Guarina, y murió en la de Chuquinga, librada entre las armas reales y las del revolucionario Hernández Girón.

Gaspar de Rodas, de Trujillo.—Uno de los más distinguidos capitanes de Sebastián de Benalcázar, quien en 1550 lo nombró su teniente, mandándole refundir en uno los pueblos de Santa Cruz y Antioquía, como lo hizo, resultando de ello la ciudad de Santa Fe de Antioquía, en la que Rodas estableció su casa.

En 1570 sometió al vasallaje del rey de Castilla las provincias de Ibijico, Pequi, Nutave y el Valle de Teco; y después fundó la ciudad de San Juan de Rodas.

Lope Vaez de Herrera, de Plasencia.—Capitán bastante renombrado en las guerras peruanas, sobre todo como jefe de las tropas reales contra los rebeldes de la provincia de Quito.

Gonzalo Silvestre, de Herrera de Alcántara.—Se contó en el número de los capitanes que en

abril de 1538 llevó consigo el adelantado Hernando de Soto á la conquista de la Florida.

Hizo proezas en las batallas de Mavila y Chicoza, y se halló (1541) en el descubrimiento del Missisipí.

Francisco Núñez, del Pedroso.—Fué uno de los conjurados, *caballeros de la capa*, que con Almagro *el joven* y Juan de Rada, asesinaron á Francisco Pizarro.

Luego huyó á Venezuela y allí siguió tomando parte en las discordias de D. Pedro de Heredia con Sebastián de Benalcázar, siéndonos su fin desconocido.

Alonso de Sotomayor, de Trujillo.—Felipe II lo nombró gobernador y capitán general de Chile, y de orden del rey organizó una buena compañía de soldados, para favorecer al general Diego Flores de Valdés que capitaneando una armada de veintitrés navíos, llevaba la misión de posesionarse y poblar el estrecho de Magallanes.

Pero los malos temporales destruyeron la escuadra, sin que las tropas auxiliares acosadas por el hambre y los indígenas corriesen mejor suerte.

Sotomayor tuvo que entrarse por el río de la Plata y atravesando aquellas provincias inhospitatorias volver á Chile.

Que no todas las empresas intentadas en el Nuevo Mundo salieron á medida del deseo.

El capitán Cepeda, de Plasencia.—Capitán de las tropas reales que obedecían al virrey Blasco Núñez Vela en sus jornadas contra Gonzalo Pizarro.

Hallóse en la batalla librada junto á Quito en donde el virrey quedó prisionero.

Cristóbal Flores, de Valencia de Alcántara.—

Siguió á Cortés á la conquista del país del Anahuac, y en el sitio de Méjico capitaneó uno de los bergantines aparejados por el insigne Hernán al efecto.

Posesionados los españoles de la ciudad de Motezuma, Cortés lo nombró regidor de ella.

Alfonso Camargo, de Plasencia.—Notable marino que mandando un navío fletado por el obispo de dicha ciudad, D. Gutierre de Vargas, para hacer el comercio de la especiería, atravesó el estrecho de Magallanes, y costeano la América del Sur, determinó con exactitud los pasos marítimos de la Tierra del Fuego.

Francisco Jiménez, de Herguijuela.—Soldado de Cortés, que después de dominado el imperio mejicano, fué con las tropas del capitán Luis Marín á conquistar la provincia de Chiapa.

Murió en un encuentro habido con los indios de Cimatán.

Francisco del Barco, del partido de Garrovillas.—Siguió á Francisco Montejo á la provincia de Honduras, en donde le sirvió como capitán de una compañía.

Luego pasó á la de Guatemala, y fué nombrado regidor de la ciudad de Santiago, su capital.

Pedro Hernández Paniagua, de Plasencia.—Figuró como capitán en la conquista del Perú.

Cuando La Gasca llegó á Panamá á pacificar las provincias peruanas, mereció el honor de ser el portador de los despachos que el sabio presidente envió á Gonzalo Pizarro para que depusiese las armas y se sometiese á la regia obediencia.

Los de Gonzalo lo prendieron, y estuvo muy en peligro de perder la vida; pero escapó... y no se sabe más de él.

Martín del Barco Centenera, de Logrosán.— Capitán de la expedición que en 1570 dirigió el adelantado de las provincias bañadas por el río de la Plata, Juan Ortiz de Zárate.

Al par militar y poeta, dejó escrito un poema titulado *La Argentina*, que si no de gran mérito artístico, lo tiene indudablemente histórico respecto de aquellos países.

Diego Martín, de Zarza de Montánchez.— Militó á las órdenes del capitán Diego de Mazariegos en el territorio mejicano; y con él pasó después á la conquista de Chiapa (1528) en la que asentó definitivamente.

Diego de Trujillo, de esta ciudad.—Fué inseparable de Francisco Pizarro desde los primeros pasos de éste en el continente americano. Estuvo con él en la conquista de Castilla del Oro, y después en el Perú donde labró no escasa fortuna.

Fernando de Sotomayor, de Cáceres.—A mediados del siglo xvi se trasportó con su familia al Nuevo Reino de Granada, y se acercó en Nuestra Señora de Altigracia de los Utagos, de cuya ciudad fué nombrado corregidor.

Diego Sánchez Paniagua, de Alía.—Sirvió con distinción en la conquista de Nueva Granada á las órdenes del general Gonzalo Jiménez de Quesada, y allí fundó su casa.

Gutierre Lasso de la Vega, de Plasencia.—Era sobrino del ya citado obispo D. Gutierre, y pasó á América con el nombramiento de tesorero de la Real Hacienda en la expedición que en 1534 partió á las órdenes de Sebastián Gaboto.

Gonzalo Hurones, de Garrovillas.—Militó á las órdenes de Cortés en la conquista de Méjico.

Luis Pérez de Vargas, de Trujillo.—Este hi-

dalgo fué uno de los jefes que llevó á la América del Sur el adelantado de la Asunción Alvar Núñez Cabeza de Vaca, al que prestó considerables servicios en el poco tiempo que éste disfrutó del adelantamiento.

Juan Delgado, de Valencia de Alcántara.—Oficial del ejército de Pizarro, que en el repartimiento de los tesoros del inca, hecho en Cajamarca, no fué de los menos favorecidos.

Antonio Redondo, de Cáceres.—Capitán de infantería del cuerpo de tropas de Pedro de Alvarado, tanto en la conquista de Nueva España como en la de Guatemala, en donde hizo definitivo asiento.

Francisco Redondo, de Cáceres.—Hijo del anterior, con el que muy joven partió á nuestras posesiones ultramarinas, en donde trabajó por el engrandecimiento de la patria.

Fundó la villa de *Cáceres* en la provincia de Popayán.

Alonso de Monroy, del partido de Plasencia.—Fué uno de los capitanes que operaron con Valdivia en la conquista de Chile, cuyo nombre fué inmortalizado por Ercilla en su *Araucana*.

Gonzalo de las Casas, de Trujillo.—Se halló con Cortés en la conquista del reino de Motezuma, se avecindó en Méjico, casó con una sobrina de la primera mujer de aquél, y con la protección del famoso conquistador, alcanzó envidiable posición social.

Juan Cotrina y Topete, de Cáceres.—Regidor de la ciudad de Santa Fe de Bogotá.

Pedro de Rentería, de Montánchez.—Lugar-teniente del renombrado Diego Velázquez, gobernador de la isla de Cuba.

Alonso de Vargas y Carvajal, de Trujillo.—

Gobernador de la ciudad de Cartagena de Indias.

Miguel Sánchez, de Plasencia.—Alguacil mayor de la ciudad de Tunja en Nueva Granada.

Juan Cortés, de Trujillo.—Pariente y capitán de Cortés en la conquista del imperio azteca.

Juan Fernández, de Guadalupe.—Regidor de la ciudad de la Asunción en Santo Domingo.

Sancho de Perero, de Cáceres.—Distinguido capitán de las tropas conquistadoras del Perú.

Gabriel de Tapia y Carvajal, de Trujillo.—Oidor de la Audiencia de Santa Fe de Bogotá.

Alonso de Almaraz, del pueblo de su apellido.—Tesorero real en Lima.

Diego de Carvajal (*a*) *el Galán*, de Plasencia.—Capitán de G. Pizarro, que se distinguió grandemente en la batalla de Guarina.

Luis Carrillo de Ovando, de Cáceres.—Gobernador de la provincia de Muso y Palma en Colombia.

Gonzalo de Tapia, de Trujillo.—Capitán en el Perú, á quien, ya 80 soldados que mandaba, mataron los indios en la cuesta de Parcos, yendo á socorrer á Hernando y Gonzalo Pizarro, sitiados por el inca Manco Capac en el Cuzco.

Juan Hurtado, de Garrovillas.—Escribano del concejo de Santiago de Chile.

Gregorio de Plasencia, de esta ciudad.—Después de operar en la conquista de los países bañados por el Amazonas, se alistó en las huestes de Juan de Carvajal, azote de Venezuela, y pereció víctima de las asechanzas de éste.

Gabriel de Chaves, de Trujillo.—Alcalde mayor de Meztitlan.

Francisco de Valverde, de Cáceres.—Oidor de la Audiencia de la ciudad de los Reyes, en el

Perú, desde la que fué ascendido á presidente de la de Guatemala.

Juan de Hinojosa, de Trujillo.—Alguacil mayor de Méjico.

Gabriel Paniagua de Loaisa, de Plasencia.—General de las tropas españolas en la guerra contra los indios chiriguanos del Perú.

Domingo de la Marilla (¿Amarilla?), de Trujillo.—Alguacil de la ciudad de la Asunción.

Matías de Solís Ulloa y Quiñones, de Cáceres.—Oidor de la Audiencia de Guatemala.

Alonso Casco, de Trujillo.—Oficial del virrey Blasco Núñez en sus contiendas con G. Pizarro.

Francisco Manuel de Ovando, de Cáceres.—Teniente de gobernador de San Juan de Puerto Rico, puesto por el Almirante.

Francisco Ruiz, de Trujillo.—Capitán en la conquista de Venezuela, al que el gobernador Gutiérrez de la Peña encomendó la segunda expedición contra los tuicas. Antes de ésta y en aquel mismo país, había ayudado á su paisano Diego García de Paredes á fundar la villa de Trujillo.

Bernabé Picón, de Cáceres.—Tomó parte en la conquista del Perú, y terminada esta, colgó los bélicos arreos y se dedicó á la explotación de minas, figurando en las relaciones oficiales de la fundición del Cuzco, como uno de los mineros más favorecidos por la suerte.

Garci-Manuel de Carvajal, de Trujillo.—Asociado á Francisco de Chaves, su paisano y amigo, se halló en la conquista de Guatemala, en cuyo país se estableció.

Y por último, Cristóbal de los Nidos, de Cáceres; Juan Hidalgo de Ocampo, Diego Martín del Corral y Diego Felipe del Corral, del Villar del

Pedroso; Diego y Alonso de Salvatierra, de Salvatierra de Santiago; Juan Pérez Yáñez, de Coria; Antón García, de las Eljas; Martín Salgado y Vasco Chamizo, de Alcántara; Diego de las Brozas, de Brozas; Luis León y Cristóbal Buezo, de Plasencia; y Diego Sánchez, de Zorita, que sin cargo alguno oficial de que yo tenga noticia, se aventuraron á cruzar el Océano, y estableciéndose en el Nuevo Continente, consiguieron labrar pingües caudales.

VI

Ya se incluyeron entre las biografías de los ilustres cacereños que sirvieron en América, las concernientes á Fr. Tomás Ortiz, Fr. Jerónimo de Loaisa, Fr. Tomás Casillas y D. Pedro Ordóñez Flores, príncipes de la Iglesia, que mientras sus compatriotas conquistaban pueblos y pueblos con el filo de la espada, ellos conquistaban almas con su evangélica palabra y la más elocuente del ejemplo.

Pero ¿fueron estos solos los que difundieron en aquella sociedad primitiva la sin par doctrina del Mártir del Gólgota, contribuyendo como ningún poder del Estado á su civilización y cultura?

No ciertamente; pues se cuentan por cientos los religiosos seculares y regulares (y más de éstos que de aquéllos), que compartieron con tan esclarecidos pastores las tareas y penalidades de destruir las fábulas cosmogónicas y el fetichismo an-

tropomórfico de los americanos, y atraerlos á la grey de Jesucristo.

Sólo que humildes siervos de Dios, esquivos á toda pompa y ruido mundanales, trabajaban modesta y silenciosamente en su obra redentora, sin otra aspiración que la de ganar un lugar en el cielo, mediante el cumplimiento en la tierra de su misión edificante.

Y como regularmente se hace tan escaso ó ningún mérito de ellos en las historias de aquellos países, cualquiera pensaría que de nuestra provincia no partieron allá más que espadones ó leguleyos; lo que está muy distante de la realidad.

Entre otros muchos,—de que ciertamente yo no tengo noticias,—son dignos de mención:

Fr. Juan de Almaraz, de Almaraz.—Agustino, obispo del Paraguay.

Fr. Diego de Torres Altamirano, de Trujillo.—Franciscano que fué nombrado comisario general de su Orden en el Perú, y después obispo de Cartagena de Indias.

Fr. Agustín de Carvajal, de Cáceres.—Agustino, obispo de Guamanga.

Fr. Bernardino de Manzanedo, de Coria.—Jerónimo, nombrado con otros tres fraides de su orden por el cardenal Jiménez de Cisneros, gobernador y reformador de la isla Española, á cuyo patrocinio debieron los indios mejorar de condición, y Cortés el triunfo de partir como jefe de la expedición aparejada por Diego Velázquez para la conquista de Nueva España, á la que á última hora se oponía la suspicacia del propio Velázquez y sus paniaguados, envidiosos del extremeño.

El Br. Pedro Bravo, partidario de Almagro y provisor después de las provincias de Nicaragua.

Fr. Diego Altamirano, de Trujillo.—Franciscano, primo de Hernán Cortés con quien partió á la conquista del país del Anahuac, en donde trabajó para sustituir en el alma de los *aztecas* el sangriento culto de *Huitzilopochtli* por el caritativo y humanitario del Nazareno, ayudando no poco en los negocios político-administrativos de aquellos vastos territorios á su pariente, al que comunicó, antes que otro alguno, la rebelión y alzamiento en Méjico de Salazar y Peralmíndez Chirino.

Fr. Juan de Cáceres, de Cáceres (1).—También franciscano y propagandista de nuestra religión entre los fervientes heliolatras de *Tonatiuh* (el sol) en las comarcas de Jalapa, Tehuacán y Calcahualco, en donde murió.

Fr. Diego y Fr. Juan de San Martín, de San Martín de Trevejo.—Hermanos agustinos que en 1535 pasaron de España á la provincia de Mechoacán á la conquista espiritual de los *tarascas*, á los que predicaron el Evangelio, sustrayendo muchos de ellos al culto del meteorológico Tlaloc.

Fr. Juan de Almaraz, de Almaraz.—Sapientísimo mercenario que aprendiendo á la perfección la lengua mejicana, se dedicó preferentemente á combatir desde el púlpito la teogonía quichúa, y á enseñar á los guatemalteses cuál era la verdadera

(1) Antiguamente era muy común tomar por sobrenombre el del pueblo de la naturaleza de cada cual; y esto fué más general en las órdenes monásticas, donde para que la igualdad fuese una verdad, se prescindía de los apellidos familiares, á fin de que lo ilustre de ellos no fuese motivo de vanagloria ni primacía.

luz espiritual y cuál el pavoroso *mictlan* ó mansión tenebrosa de la muerte.

Fr. Francisco del Pedroso, del Pedroso.—Franciscano que ya de edad, pasó á Méjico, invirtiendo los postreros años de su vida en las penosas tareas del confesonario.

Fr. Alonso Trueno, de Trujillo.—Dominico que desde el convento de San Esteban de Salamanca, partió con el reverendo Fr. Bartolomé de las Casas á la América (1544); mas llegando á la isla de Santo Domingo, tuvo que quedarse en ella á ruegos de los naturales, cuando los demás compañeros partieron á Colombia.

Fr. Francisco Mesia de Paredes, de Cáceres.—Era del orden de predicadores é hijo del general Garcí-Fernández. Fué calificador del tribunal del Santo Oficio en el Perú, regente del convento de Santo Domingo en la ciudad de Lima, visitador de la provincia de Chile, vicario provincial de la del Perú, y visitador y examinador general del obispado de las Charcas.

Fr. Angel de San Antonio, del Portezuelo.—Fué regular de San Francisco y custodio de la provincia monástica de San Gabriel. Pasó al Perú y su palabra fué poderoso ariete contra los mitos autoctonos de sus moradores, de los que por último alcanzó la corona del martirio.

Fr. Pedro de las Garrovillas, de Garrovillas.—Franciscano que profesó en la provincia de San Miguel: luego emigró á Mechoacán, cuya lengua aprendió. Su fervor era extraordinario; tanto, que en los territorios bañados por el mar del Sur, en donde con preferencia ejerció su ministerio, destruyó más de mil ídolos, muriendo de más de setenta años en el pueblo de Cincontzan.

Rodrigo Pérez, del Casar de Cáceres.—Arce-
diano de la catedral de Lima.

Fr. Ambrosio de Villarejo, de Galisteo.—Do-
minico que pasó á ultramar en 1544 y ejerció su
ministerio en San Juan de Puerto Rico.

Fr. Alonso de Escobar, ¿de Trujillo?—Fran-
ciscano y afortunado catequista en la provincia de
Nueva Méjico.

Fr. Pedro de los Reyes, de Galisteo.—Domi-
nico y compañero de misión del célebre P. Las Ca-
sas. Desde Campeche donde tomó tierra la comi-
tativa religiosa, se dirigía con otros ocho compañeros
á la provincia de Chiapa, cuando fueron sorpren-
didos en alta mar por una borrasca irresistible que
echó á pique la nave, pereciendo Fr. Pedro con
toda la tripulación.

Fr. Miguel de las Garrovillas, de Garrovillas.
—Franciscano que partió á Méjico en 1531, ingre-
sando en la provincia del Santo Evangelio. No fué
de grandes letras, pero su vida austera y contem-
plativa, su desprecio del mundo y su ejemplo edi-
ficante, le dieron consideración y respeto, mu-
riendo de más de cien años en el convento de
Tezcuco.

Fr. Antonio de Villalva, de Plasencia.—Do-
minico que pasó con otros diez y siete regulares
de su orden á los estados de Colombia en 1554,
habiendo él sido destinado á difundir el cristianismo
entre los fervorosos creyentes en las encarnaciones
de *Tontatzin*, el fetiche ofidiano de la provincia de
Guatemala.

Fr. Juan Pizarro, de Trujillo.—Franciscano
que ejerció su ministerio, primero entre los *mayas*
y *toltecas* de Yucatán y después en Costa Rica.

Fr. Lucas de Pedroso, del Pedroso.—Agustino

cuya misión catequizadora fué ejercida entre los indios *nahúas* de la Nueva España.

Fr. Miguel de Torrejoncillo, de Torrejoncillo.—Reverendo franciscano que habiendo aprendido la lengua mejicana, predicó en ella sin descanso en la ciudad de los Angeles, sin desatender las tareas del confesonario, del que no faltó un solo día. Murió en 1572.

Y por último.

Fr. García de Salvatierra, de Salvatierra de Santiago.—Franciscano que profesó en la provincia de San Miguel y pasó al Nuevo Mundo después de haber sido portero de los conventos de Hornachos y Alcántara, quedando en la provincia del Santo Evangelio, con residencia en el convento de Toluca.

Ejemplares fueron su caridad y sus penitencias; pero no le dieron éstas el renombre que alcanzó entre los *matlazincos* toluqueses.

Debió su fama á los milagros que á diario llevaba á cabo, alguno de los cuales no deja de tener chiste (salvando toda clase de respetos) y que para solaz de los espíritus creyentes voy á apuntar, tomándolos de las crónicas religiosas.

Imponente como las egipcias asolaba una plaga de hormigas el pueblo de Tehuacan. El edificio más asediado era el convento, y el departamento principal objeto de sus asaltos—¡cosa natural!—el rectorio. Pero cierto día el P. Salvatierra las mandó salir de él, y aquellos ejércitos de himenópteros, más numerosos que los de Jerjes, obedeciendo su voz imperativa, evacuaron la estancia. Animado el religioso con tan milagroso resultado, siguió dirigiéndoles su voz á la que obedecían como doctrinos, haciéndose notorio que donde él les prohibía entrar no penetraban.



Un vecino del propio lugar andaba hacía tiempo atormentado por un violento dolor de muelas que no se mitigaba un solo instante. Cuéntaselo á Fr. García, y éste, sin otro elíxir que la yema de su dedo, que le aplica al carrillo dolorido, lo cura instantánea y radicalmente.

En otra ocasión antójasele á una mujer embarazada (¡en tal estado había de estar para no tener antojos!) saber si ha de dar á luz niño ó niña.

¿Quién podría penetrar este secreto de la naturaleza?

¡Sólo el milagroso franciscano!

Interrógale la interesada, y el buen fraile le anuncia que ha de parir varón... y varón fué.

Un viudo que ofrecía gustoso el cuello al segundo yugo matrimonial, anheloso de conocer su futuro destino, le pregunta qué tal ha de pasarlo en su reincidencia conyugal. El padre lo mira de arriba abajo, y como leyendo en el inescrutable libro del destino, le predice males sin cuento.

O no creyó en ellos el predestinado, ó eran tales los atractivos de la Armida, que el consultor se arropó la cabeza y allá se entró por las fragosidades del matrimonio.

¡Desgraciado!

Más de una y más de dos veces se llevó las manos á la frente... recordando desesperado la profecía del P. Salvatierra.

Por último, habiéndose desarrollado en uno de los pueblos circunvecinos una epidemia que arrebatava en poco tiempo á cuantos niños atacaba, imploraron sus habitantes la intercesión de Fr. García. Corrió éste en su auxilio, y se refiere que salvaba á cuantos tocaba con sus manos.

Murió este venerado monje en 1591.

VII

Ya apuntamos en la correspondiente biografía, cómo y porqué fué nombrado gobernador y capitán general de la Española D. Nicolás de Ovando, primero de los personajes de alta graduación y esclarecida alcurnia que de las provincias extremeñas hizo rumbo al Nuevo Continente.

Revestido de extraordinarias atribuciones, y facultado para hacer repartimientos y modificar los hechos anteriormente en los países descubiertos y que se descubriesen, el que con su beneplácito abordaba la flota preparada, podía tener la seguridad de ir á mesa puesta, sin necesidad de arrosar grandes peligros, caso de que su condición pacífica le hiciese mirar con ojos tímidos el laurel de Marte.

Deudos, paisanos y amigos fueron por él invitados á pasar al Nuevo Mundo, y en la expedición que en 1502 lo trasportó á su decantada insula,

fueron muchos los aventureros que de Cáceres, Trujillo, Brozas, Alcántara y del partido de la Serena partieron en su compañía.

Sometidos los naturales de la Dominica á los monarcas españoles, unos de grado y otros por fuerza, D. Nicolás hizo su correspondiente repartimiento de indios y propiedades agrarias de aquella isla, figurando entre los agraciados los siguientes, extremeños sin disputa, alguno de los cuales ha sido ya citado especialmente.

En la ciudad de la CONCEPCIÓN, Juan Hernández de *Guadalupe*, regidor de ella,—Hernando de *Alcántara* y su yernó Vasco Núñez,—y Juan de Hinojosa.

En la villa de SANTIAGO, Francisco de Monroy,—el bachiller Juan Becerra,—Garcí Hernández de Paredes,—Alonso de Rivera,—Manuel de Ovando,—García Altamirano,—y Gonzalo de Villegas.

En PUERTO DE PLATA, Francisco Bootello, regidor,—Juan de Campofrío,—y Pero Ruiz de Tapia.

En la ciudad de SANTO DOMINGO, Cristóbal de Tapia, veedor,—su hermano Francisco de Tapia, alcaide de la ciudad,—Hernando de Carvajal,—Francisco de Solís,—Juan de Villegas,—Alonso de *Hervás*,—Pedro de Lumbreras,—Antonio de Escobar,—Pedro de Llanos,—Rodrigo de *Trujillo*,—Benito de Prado,—Fernando de Valverde,—Juan de Torres,—y Diego Leal.

En la villa de SALVALEÓN DE HIGÜEY, García de Barrantes,—Antonio de Trejo,—Juan de Villarreal.—Francisco de *Alcántara*,—y Francisco de la Hinojosa.

En Azúa, Pedro de Orellana.

En BUENAVENTURA, Alonso de Escobar,—Juan Copete,—Lope de Saavedra,—Juan Alberto de

Carvajal,—Hernando de Alcántara,—y Alonso de Chaves.

EN IBOŃAO, Juan de Robledillo,—Diego García de Chaves,—Luis y Alonso Godínez.

EN PUERTO-REAL, Bartolomé Becerra,—Francisco Herrera de Sanabria,—y Alonso de Hinojosa.

EN la villa de GUAHAVA, Juan de Villegas (¿bis?) —y Alonso de Cáceres.

EN SAN JUAN DE LA MAGUANA, Alonso de Sotomayor,—Antonio Herrera,—Alonso Ramos,—Jerónimo de Herrera,—Juan Pizarro,—Diego de Aldana,—y Alonso de Monroy.

EN VERAPAZ, Pedro de Valdivieso,—Alonso de Figueroa,—y Francisco Garabito.

EN SALVATIERRA DE LA CABANA, Bartolomé Becerra,—Pedro Romero,—Alonso de Galisteo,—y Martín de Cáceres.

Y EN VILLANUEVA DE YAQUIMO, Francisco Galindo,—y Gonzalo Flores.



VIII

Con Hernán Cortés, á pesar de haber sido una de las figuras más grandes, quizás la de más talla, de cuantas la gloria coronó como conquistadoras del Continente Americano, fácilmente no partió á ultramar ningún compatriota. Pobre y desvalido aunque hidalgo y animoso, poca sombra podía prestar á quien ganoso de renombre y de riquezas emigrase del empobrecido hogar á la trasatlántica palestra.

Algunos soldados (después famosos capitanes) hijos de su mismo pueblo natal, le habían ya precedido camino de las Indias. El los siguió... y se antepuso á todos.

Era natural que cuando su nombre, favorito de la fama y la fortuna, corriese por todo el mundo, volasen á la Nueva España sus paisanos á participar de su envidiable estrella. ¿Pero antes?... Antes recabó sus compañeros de armas de entre los mi-

litares que trasbordados á las colonias por sus gobernadores, y en especial por el comendador Ovando, se hallaban prontos á acudir adonde se escuchasen rumores belicosos ó se acometiesen empresas de conquista.

Algunos de los extremeños afincados en la isla Española, abandonaron su nueva residencia y hasta su fortuna por seguir al intrépido Hernán, que tanta confianza en el porvenir sabía inspirar á sus soldados.

De la Fernandina (Cuba) no fueron pocos los que se alistaron en sus banderas; y entre ellos encontramos á los siguientes, hijos de la alta Extremadura, de algunos de los cuales se ha hecho ya más circunstanciada mención:

Juan de Rivera
Alonso Cortés
Pedro de Robles
Gonzalo Carrasco
Pedro de Orellana
Alonso Becerra
Pedro de Villarroel
Vasco Porcallo de Figueroa
Pedro López *de Alcántara*
Melchor *de Trujillo*
Francisco de Vargas
Juan de Paredes
Diego de Ovando
García Holguín
Diego y Rodrigo de Escobar
Juan de Tapia
Juan *de Zorita*
Diego de Villarroel
Diego de Orellana

Gómez de Paniagua
Diego de Vargas
Garci-Hernández Herrera
Antón Cordero, y
Luis Sánchez *de Santa Cruz*.



IX.

En cuanto á los extremeños de nuestra provincia que siguieron las banderas de Pizarro, es punto menos que imposible poder dar razón de todos ellos.

Y es óbvio que al hacer esta afirmación, nos referimos, no á la época precaria en que trocando la duerna del porquero por el emblema de Marte, marchó á ultramar en busca de la suerte, sino á la próspera y bonancible en que nombrado capitán general de los países bañados por el mar del Sur, visitó á su patria antes de hacerse á la vela.

¡Cuánto entusiasmo en todos los pueblos cacerreños! ¡qué de cuentas galanas con tesoros imaginarios! Pero es lo cierto que ellas hicieron caer en la atarraya tendida por el afortunado trujillano á todos los extremeños que, menos confiados que sus compatriotas, habían resistido á las incitadoras tentaciones de partir al Nuevo Mundo.

Aquello no fué ya el deseo de hacer fortuna, sino el delirio, el vértigo de la emigración.

¡Así quedó de desvalida Extremadura!

Muchos yendo pobres se enriquecieron. Otros, hidalgos y valientes, resultaron empobrecidos.

Los que libraron la vida en las revueltas del Perú y observaron una conducta prudente y previsora, hicieron fortuna por regla general; mas los que se entregaron á sus vicios, perecieron olvidados y miserables.

No todos llevaron á cabo hechos que los hiciesen acreedores á figurar en las páginas de la historia, y de aquí la imposibilidad de mencionarlos. Pero citaremos á los que por seguir fieles á la poderosa familia de los Pizarros, árbitros de improvisadas grandezas, vieron su suerte encadenada á la de éstos, y pasando de la jefatura de unos á otros, dieron en la de Gonzalo, cuya catástrofe cruenta derribó más aéreos castillos y desvaneció más risueñas ilusiones que puede forjar el más fecundo novelista.

Entre los cuatrocientos diez y siete partidarios del último, que con él fueron encausados por el Lic. Cianca, oidor de la Audiencia de los Reyes, á raíz de la batalla de Xaquixaguana, se contaban:

Rodrigo Pizarro, alférez de su estandarte, natural de.	Trujillo.
Juan Pizarro, de.	id.
Cristóbal Pizarro de Orellana.	id.
Salvador Rebollo, repostero de Gonzalo	id.
Francisco de Hinojosa.	id.
Nuño de Carvajal.	id.
Gonzalo Carrasa (¿)	id.
Diego de Orellana	id.

Pedro Dávalos.	Trujillo.
Francisco Hornero.	id.
Nuño de Chaves.	id.
Alonso García Vegaso.	id.
Lucas Núñez Vegaso.. . . .	id.
Gonzalo Hernández.	id.
Juan de Trujillo.	id.
Francisco Velázquez.	id.
Alonso de Toro.	id.
Bartolomé Aguilar.	id.
Blas de Soto.	id.
Sancho de Figueroa, natural de. . .	Cáceres.
Gonzalo de los Nidos	id.
Pedro Guerra.	id.
Juan Guerra.	id.
Martín Picón.	id.
Bernabé Picón.. . . .	id.
Juan Rodrigo.	id.
Francisco de Almendras (segundo de Gonzalo) natural de.	Plasencia.
Gómez de Velasco.	id.
Diego de Carvajal, <i>el Galán</i>	id.
Francisco Martínez.	id.
Miguel Muñoz.. . . .	id.
Francisco López.	id.
Diego de Santa Cruz, de.	Guadalupe.
Pedro de Soto, de.	Alcántara.
Martín de Cabañas, de.	Logrosán.
Pedro de Avilés, de.	Montanchez.
Diego Muñoz, de.. . . .	Granadilla.
Domingo de Deleytosa, de.	Deleytosa.
Diego Gil, de.	Santa Cruz de la Sierra.
Juan de la Plaza, de.. . . .	Hervás.

Además fueron condenados en rebeldía, entre

otros, Hernán Gómez Galán,—Francisco Cava,—
Jorge y Juan Hurtado,—y Pero Hernández de
Trujillo.

*
*
*

En las discordias civiles habidas entre Pizarro
y Almagro, pusiéronse de parte de éste y fueron
mandados ajusticiar de orden de aquél, una vez
muerto el segundo, entre otros,

Juan Jiménez de Alcántara
Pedro de Orellana
Juan de Coria
Pedro de Trujillo, y
Alonso Pavón.

Entre los conjurados acaudillados por Lope de
Aguirre contra Pedro de Ursúa, descubridor y go-
bernador de las provincias de Manicuri y Machi-
faro en 1560, se encontraban:

Cristóbal y García de Chaves
Bartolomé Sánchez Paniagua
Juan de Vargas
Diego de Figueroa
Pedro de Cáceres
Diego de Torres, y
Pedro de Trujillo, el cual, como casi to-
dos los anteriores, después de haber ayudado á
Aguirre á matar al gobernador, fué mandado ahor-
car por el triunfante cabeza de motín.



X

Por último, á más de los ya apuntados, pasaron al Nuevo Continente, los siguientes individuos, que yo tengo por extremeños y paisanos nuestros:

Alonso Valiente,—gran servidor de Cortés,—el cual, así como su esposa, sufrieron todo género de vejaciones de los enemigos de aquél, Salazar y Peralmíndez. En remuneración de su fidelidad obtuvieron de Hernán grandes mercedes, y hasta señorío de pueblos indios.

Alonso de Orellana, joven militar que acompañó á Antonio Sedeño, primer gobernador y conquistador de la isla de la Trinidad, cuyo esfuerzo y valentía se probaron bien pronto en un encuentro que tuvo con el cacique Pamacoa, cantado así por Juan de Castellanos:

Veréis á Pamacoa que se emperra
vertiendo por allí sangre cristiana,
pues tiene tres tendidos por la tierra



de los terribles golpes de macana;
y en la mayor presura de la guerra
topóse con Alonso de Orellana,
mancebo de valor y fuerza mucha,
y enciéndose de dos terrible lucha.

Sus armas cada cual desembaraza,
el salto que se da parece vuelo:
descarga Pamacoa con la maza,
mas el cuerpo le hurtó nuestro mozuelo.
El otro, que pensó matar la caza,
rompió con el troncón el duro suelo,
y á la sazón que el indio se endereza,
el mozo le llevó media cabeza.

Juan de Yuste, oficial de Pánfilo de Narváez, y el que aconsejó á éste, cuando desembarcó en Nueva España, que prendiese á Juan Velázquez, capitán y parlamentario de Cortés.—Derrotado Pánfilo, Yuste se unió al preclaro Hernán; mas habiendo caído en una celada dispuesta por los indios de Tesaico, al ir desde Veracruz á Temixtitan, fué sacrificado á los ídolos mejicanos, ante los cuales los aprehensores le arrancaron el corazón.

Diego Hurtado, primo y capitán de Cortés, que recorrió de orden de éste y aseguró á la corona de Castilla la pacífica posesión de la bahía y costa de la Asunción, llegando á ser después alguacil mayor de la ciudad de Trujillo y gobernador de Panamá.

Hernando Barrientos, persona de la mayor confianza para el conquistador de Méjico, quien lo envió á la provincia de Chinantla para que fomentase en ella la agricultura y la ganadería, lo que no le costó poco trabajo, dadas las convulsiones bélicas de los naturales, y más aun las guerras que de continuo sostenían con los de las provincias limítrofes.

Alonso Camargo, capitán del general Lope de Mendoza en las discordias peruanas. Habiendo caído prisionero de Francisco de Carvajal, teniente de Gonzalo Pizarro, aquél le perdonó la vida; mas complicado en una conjura contra el mismo Carvajal, éste le mandó descuartizar.

Bartolomé Hurtado, capitán de la expedición despachada por Pedrarias Dávila (á quien ayudó á conquistar el territorio de Castilla del Oro), contra los indios de Comagre, Chame y Pecorosa, bajo el mando del licenciado Espinosa.

Pobló la villa de Acla, y fué quien aprisionó al famoso Cherú, cacique de Natá.

Francisco de Cáceres, fundador (1576) de la villa de Ntra. Sra. de la Grita y de la ciudad del Espíritu Santo, y gobernador de Nueva Granada.

Juan de Carvajal, gobernador y capitán general de Venezuela, á quien por sus crueldades mandó ahorcar y arrastrar después de muerto (1548) el licenciado Tolosa.

Cristóbal de Salvatierra, capitán de Pánfilo de Narváez en la jornada que éste llevó á cabo contra Cortés, de orden de Velázquez. Luego marchó con Alvarado á Guatemala. Fué uno de los fundadores de la ciudad de Santiago de los Caballeros, capital de dicha provincia, y fué nombrado alcalde de ella.

Miguel Holguín, oficial del capitán Alonso de Herrera en la entrada que éste hizo por las riberas del Caranaca y el Orinoco en la provincia de Paria.

Francisco de Villalobos, rico explotador de minas en el Perú, quien tales trazas se dió á gastar, que sobre dilapidar su enorme capital, llegó á verse ejecutado por la friolera de 83,000 pesos de oro.

Hernando de Saavedra, justicia mayor de las villas de Trujillo y la Natividad, en la provincia de Honduras, el cual mandó á su capitán Bartolomé de Celada (1526) fundar una villa que denominó *Frontera de Cáceres*.

Diego de Godoy, escribano del concejo de Veracruz en 1519. Luego trocó la péñola por la espada, y partió con el capitán Luis Marín á la conquista de Chiapa. Batalló con los indios de la provincia de Chamula y otros puntos; después fué nombrado capitán de armas de Puerto de Caballos, y murió en una expedición dispuesta por Cortés á la provincia de Naco.

Francisco de Ulloa, capitán de los navíos que por dos veces envió Cortés al descubrimiento del mar del Sur. Después figuró al frente de una compañía en la guerra contra los araucanos.

Juan de Cáceres, mayordomo de Cortés. Tanto prosperó á su sombra, que le apodaron *el Rico*.

Juan de los Nidos, capitán de Antonio Sedeño, conquistador y gobernador de la isla de la Trinidad, á quien salvó de la prisión á que lo redujo el dominante y revoltoso Alonso de Herrera.

Juan de Trevejo, soldado connivente en la frustrada fuga de Pánfilo de Narváez. Perdonado por Cortés, siguió á Cristóbal de Olid á la provincia de las Higueras. Rebelóse contra Hernán siguiendo las huellas de Olid, y fué mandado ahorcar por Francisco de las Casas.

Pedro del Barco, capitán de Pizarro que cuando le correspondía custodiar al inca Atahualpa, se entraba de rondón en el departamento de las mujeres de éste, y con afrenta y vilipendio de la majestad real, folgaba con ellas en presencia del augusto prisionero... Luego se hizo rico con la ex-

plotación de minas en el Cuzco, donde avecindó. Tomó más tarde parte en las guerras civiles en favor de los Pizarros, y fué ahorcado de orden del capitán Centeno.

Juan de Camargo, gobernador de la Jamaica en la segunda década del siglo xvi.

Martín de Monroy, capitán que ayudó al gobernador García de Lerma á conquistar la provincia de Santa Marta.

Juan de Valdivieso, afortunado explotador de los ricos criaderos argénteos del Potosí.

Alonso Bote, valiente soldado que en 1517 acompañó á Francisco Hernández de Córdoba en el descubrimiento de Yucatán y Campeche, y peleó en varios encuentros con los indios, quedando prisionero de éstos en la batalla de Potonchan, ignorándose cual fué su destino.

Alonso de Carvajal, capitán que pobló el territorio de Maritúe.

Francisco Donaire, veterinario del ejército de Cortés.

Juan Enríquez de Orellana, capitán del ejército del revolucionario Francisco Hernández Girón.

Lope Hurtado, tesorero real en la isla Española.

Hernando de Chaves, capitán en la conquista de Guatemala, pacificador de la provincia de Chiquimula, y sobre todo de las ciudades *pipiles* á cuyos caciques venció en Mictlan.

Juan de Saavedra, capitán de Almagro *el joven* en sus contiendas con los Pizarros.

Francisco de Solís, contador del ejército de Cortés, y regidor de la ciudad de Méjico.

Gonzalo de Figueroa, regidor de la misma capital.

Juan Delgadillo, corregidor de la ciudad de San Miguel de Piura en el Perú.

Juan de Escobar, capitán de las huestes de Pedrarias en la conquista de Colombia.

Andrés Durán, alcalde de la ciudad de San Miguel en la Nueva Castilla.

Vasco de Herrera, teniente de gobernador en la provincia de Honduras.

Cristóbal Corral, alférez del estandarte de Cortés y jefe de su guardia, que se distinguió especialmente por su bravura en la batalla de Chalco.

Pedro de Orellana, regidor de la ciudad de Gracias á Dios, á quien el general Pedro de Alvarado hizo merced de los pueblos de Zambizambique y Colx.

Diego Pizarro, capitán de Francisco Pizarro, que yendo á socorrer á los hermanos de éste, sitiados en el Cuzco, fué muerto por los indios en el paso de Parcos con todos los soldados que acaudillaba.

Diego de Soto, mayordomo de Cortés y tesorero real en Nueva España, con el que aquél envió al emperador Carlos V fuertes sumas de oro.

Antonio Altamirano, regidor del Cuzco y alférez del estandarte de Gonzalo Pizarro, en las guerras promovidas en los estados peruanos por éste; pero habiéndose hecho sospechoso de fidelidad, mandóle Gonzalo dar garrote.

Diego de Vargas y Carvajal, militar desterrado por La Gasca á Venezuela, en donde después de sufrir horrible tormento fué descuartizado.

Fernando de Aldana, rico minero del Cuzco.

Juan de Torrequemada, escribano del municipio de la villa de Trujillo, en Honduras.

Rodrigo de Chaves, uno de los capitanes predilectos de Francisco Pizarro.

Diego Pantoja, subordinado del general Pedro de Hinojosa.

Martín de Valencia, capitán de la artillería de Vaca de Castro contra Almagro en la batalla de Chupas.

Alonso de Monroy, valeroso capitán del ejército de Valdivia en la conquista de los araucanos.

Sancho Pizarro, capitán en el Perú, que acompañó en su desgraciada expedición á Pedro de Ursúa. Asesinado éste, tuvo que seguir al protervo Lope de Aguirre, el cual mandó matar á Sancho en la isla Margarita.

Juan Altamirano, juez comisionado en la isla de Cuba para conocer de los pleitos del gobernador de ella y émulo de Cortés, Diego Velázquez.

Pedro de Solís, alguacil de Veracruz.

Francisco de Herrera, capitán de Grijalva y descubridor de la punta de Cotoche en Yucatán.

Juan Pantoja, regidor de Méjico.

Lucas de Montánchez, que avecindó en Temistlan.

Diego de Coria, que asentó en Cupacac.

Francisco Dávalos, vecino del Cuzco.

Juan de Alcántara, *el viejo*. Sirvió á Cortés, y habiendo adquirido gran fortuna, se avecindó en Villarrica. Desalmados codiciosos de sus riquezas, lo asesinaron para apoderarse de ellas.

Pedro de Valencia, gran servidor de Francisco Montejo.

Esteban Bejarano, uno de los soldados más distinguidos de Cortés.

Y **Pedro Vázquez de Loaisa**.

XI

Como el lector habrá tenido lugar de observar, hay muchos nombres repetidos en las anteriores páginas, y tal vez se haya preguntado: ¿serán unos mismos personajes? ¿serán individuos diversos los designados con ellos?

Pues aunque parezca antitético, á las dos preguntas puede contestarse afirmativamente.

Había entonces familias—y hoy sucede lo mismo, aunque no con tanta razón de ser ni tal frecuencia,—que barajando incesantemente dos ó tres nombres propios, daban lugar á que en determinadas ocasiones se contasen seis ú ocho miembros de ella con un mismo nombre y apellido. Y esto acontecía, ya por costumbre que había antiguamente de tener cada familia un santo tutelar, bajo cuyo patrocinio se ponía, ya por la necesidad que existía de ostentár un nombre determinado, ante la probabilidad más ó menos longinqua de

suceder en bienes vinculados, que de ordinario reclamaban, como condición indispensable en sus poseedores, ciertos nombres y apellidos.

Luego ocurría con frecuencia que no todos los aventureros que abordaban las playas coloniales encontraban desde luego medio de satisfacer sus nunca modestas aspiraciones; y como el acicate de la impaciencia los espoleaba tan sin tregua, andaban de Ceca en Meca persiguiendo á la fortuna... y muchas veces desdeñándola, ciegos de ambición y quijotismo.

Todo eran tanteos y exploraciones. ¿No se alcanzaba de la justificada administración de los Colones la soñada preeminencia?... Pues se desertaba de su servicio y se iba á hacer el *rendez-vous* á Bobadilla. ¿Negaba Cortés una pretensión injusta?... Pues Nuño de Guzmán la otorgaría. ¿No llenaban la bolsa suficientemente los Pizarros?... Pues los Almagros la repletarían hasta que rebosase.

Así que fueron muchos—¡pero muchos!—los que habiendo iniciado su carrera á las ordenes de Ovando, sirvieron después á Diego Velázquez en la Fernandina, á Garay en la Jamaica, á Pedrarias en Panamá... fueron satélites de Cortés en Méjico, de Alvarado en Guatemala, y por fin terminaron su desastrosa odisea en el Perú, revuelto *mare magnum* adonde iban á parar los desairados de la fortuna, á jugar el todo por el todo, y hacer la postrera tentativa para encadenar á la veleidosa deidad que tantas veces se les había escapado de entre las manos como impalpable sombra.

Y de aquí el aparente don de ubiquidad de muchos expedicionarios.

De todos modos, volviendo los ojos á aquellos días, regocija el ánimo y satisface la vanidad re-

gional, el hallar por toda América, —como por toda Europa, —extremeños y más extremeños, siempre los primeros donde quiera, siempre dando el tono, siempre á la cabeza de todo movimiento progresivo.

La cualidad de hijo de Extremadura suponía entonces, por sí sola, ingenio, intrepidez, linajuda altanería, valor rayano en la temeridad.

En las lides bélicas como en las intelectuales, á un solo extremeño que hubiera en disposición de dar consejo, se le consultaba: su adhesión á cualquier empresa, se tenía por elemento poderoso y precursor del triunfo: para los *juicios de Dios* que se libraban entre príncipes y magnates, se buscaban, como las mejores, las lanzas extremeñas; y es fama que en aquella edad quisquillosa é intolerante, en pocas partes se guardaron con mayor pulcritud y religiosidad las leyes del honor que en nuestras provincias.

¿Y hoy?...

¡Quantum mutatus ab illo!

Mas si es cierto que la vida de los muertos está en la memoria de los vivos, guardemos en la nuestra la mayoría de los nombres apuntados, para que ya que no podamos envanecernos de lo que somos, nos envanezcamos (¡triste consuelo!) de lo que fuimos.

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
I.	5
II.	8
III.	12
IV.	15
Frey D. Nicolás de Ovando.	15
Francisco Pizarro.	17
Hernando Pizarro.	21
Gonzalo Pizarro.	26
Juan Pizarro.	29
Francisco Martín de Alcántara.	30
Juan Cano de Saavedra.	30
Francisco Montejo.	31
Francisco de Orellana.	33
Pedro Corvacho.	36
Fray Tomás Ortiz.	38
Nuflo de Chaves.	39
Vasco Porcallo de Figueroa.	41
Garcí-Fernández Barantes.	43
Pedro Alonso de Hinojosa.	44
Fray Tomás Casillas.	46
García de Holguín (ó Golfín).	47
Luis López Ortiz.	50
Juan de Chaves.	51
Francisco de las Casas.	52
Lorenzo de Aldana.	54
Antonio de Villaroel.	56
Gonzalo de Ocampo.	58
Francisco de Godoy.	59

	<u>PÁGINAS</u>
Andrés Garabito.	61
Diego de Ocampo.	62
Fray Jerónimo de Loaisa y Carvajal.	63
Benito Hurtado.	65
Perálvarez Holguín.	66
Alonso de Cáceres.	67
Diego de Sanabria y Calderón.	68
Hernando de Trejo.	69
Hernando de Osma.	70
Diego de Orellana.	71
Francisco Hernández de Cáceres.	72
Francisco Cava.	78
Juan Rodríguez de Villalobos.	79
Pedro Ordóñez Flores.	80
Garci-Fernández de Paredes.	80
Francisco de Chaves.	81
Francisco de Chaves.	83
Alonso Bravo de Montemayor.	84
Diego García de Paredes.	85
Francisco de Sande.	87
V.	89
VI.	108
VII.	115
VIII.	118
IX.	121
X.	125
XI.	132
